

2/46





Un film
humano
y
conmovedor

Lucha de razas,
casta, clases y
religión.

La obra cumbre del
mago de la lente

E. A. Dupont

por **MAXUDIAN, MARIE GLORI y HENRI GARAT**

que el pasado martes fué presentada por Amigos del Cine,
en **SESIÓN DE ARTE**,
en el

FANTASIO

con éxito clamoroso.

SELECCION GAUMONT DIAMANTE AZUL

Ayuntamiento de Madrid

Mientras ocurrían estas escenas en la calle y en mi casa, la Reina y Bernestein caminaban hacia Streilsau. Quizá si Sapt hubiese estado en Zenda su influencia cortara el impulso de la Reina.

Pero Bernestein no poseía semejante influencia, ni sabía resistir a las órdenes perentorias y a las súplicas ferrosas.

Desde que Rassendyll marchó a Inglaterra, tres años antes, vivió la Reina en estrecha vigilancia de sí misma, sin abandonarse jamás a los impulsos de su corazón. Dudo que un hombre fuera capaz de tal influjo; pero una mujer lo es.

No obstante, aquella llegada súbita, los acontecimientos conmovedores que la siguieron, el peligro de ambos, las palabras de Rodolfo y el júbilo de la Reina en su presencia, todo había contribuido a conmover el imperioso corazón. Y su sueño raro y la emoción que fue su causa, le inspiraban un mismo y único deseo: estar cerca de Rassendyll. Sólo le producían un temor: el del peligro que corría.

Durante el viaje no habló de aquella aprensión vivísima del peligro que la amenazaba a ella y que todos nosotros procurábamos conjurar.

Viajaba sola con Bernestein, pues se desembarazó de la dama con un pretexto cualquiera, y sin cesar le conjuraba a que trajese a su presencia a Rassendyll.

No puedo reprocharle tal deseo. Rodolfo era la única alegría de su existencia, y había partido para batirse con Ruperto de Hentzau. ¿Por qué extrañar que le considerara ya difunto? Pero sin cesar recordaba que en el sueño Rodolfo era aclamado Rey aun cuando difunto. ¡Hra su amor el que le coronaba!

Llegando a la ciudad se tranquilizó algo, cediendo al consejo de Bernestein, que le decía que procurase que nada revelara la agitación que sentía.

Como temía saber su muerte, nada la calmaría, en realidad, hasta que le hubiese visto vivo.

R U P E R T O D E H E N T Z A U

A N T H O N Y H O P E

Quando se anunció su visita, Rassendyll almorzaba después de tomar un baño. Helga, adocinada por Rodolfo, entretuvo al canciller y le preparó antes de que saliese el Rey.

Se confundió en excusas por mi ausencia, protestando que no la comprendía, y que ni siquiera sospechaba de qué asunto podía el Rey querer hablar a su marido.

—Únicamente sé—dijo—que Fritz me ha escrito que esperará al Rey a las cinco de la mañana y que le hiciese entrar por la ventana, pues le convenía no ser reconocido.

El Rey entró y recibió a Helsing con sumo agrado, en el rincón más obscuro del aposento, contándole mil patrañas y excusando una confidencia inmediata acerca del asunto misterioso. Prometía hacérsela al día siguiente y preguntaría entonces su opinión al mejor y más prudente de sus consejeros.

Helsing escuchaba con toda atención aquel relato, que nada contaba y las buenas palabras que disimulaban el embuste.

Su voz temblaba de emoción cuando se ofreció incondicionalmente al Rey, afirmando que podía responder de la discreción de sus deudos como de la suya propia.

—Es usted un hombre feliz—dijo Rodolfo suspirando, como si no pudiera decir él lo mismo de los que le rodeaban en Palacio.

Helsing estaba encantado, y no le quedó tiempo para ir a decir a su mujer que el Rey confiaba en su honor y en su silencio.

Rodolfo deseaba desembarazarse cuanto antes del pobre hombre ; pero convencido de la importancia que tenía mantenerlo en las buenas disposiciones que manifestaba, le entretuvo un rato.

Hizo, pues, que Helsing se sentara, y como había notado que el conde Rischenheim le conoció por la voz en el castillo de Zenda, habló entonces en voz más apagada y representó su papel tan a lo vivo como cuando desafiaba en Strelsau las miradas de la corte entera.

conjurarlo.

Pero a cada momento aumentaba el peligro y urgía labios.

sus facciones y un suave suspiro de alivio se escapó de sus

bajo la cabeza que tenía apoyada en el pecho de Rodolfo.

solución halló de pronto remedio a su angustia. porque

rió marido de Elvira. Y ella no protestó. Quizá en esta

para ahuyentar el peligro tomó el puesto del Rey y se fin-

des para lo futuro; pero salvar la situación presente. Y

A causa de ello, Rodolfo prefirió cargarse de dificultad-

largo al Rey.

cuanado llegado por el secreto, se creería obligado a reve-

Esto no se podía decir a nadie, porque Helmsing, aun

la Reina era amado.

que aún había hecho más, que amaba a la Reina y que por

Había un Rodolfo Rassenndyll que había sido Rey; pero

Helmsing si había necesidad de ello.

Este era un secreto que se estaba decidido a revelar a

no del Rey.

Rodolfo Rassenndyll, que en otro tiempo se sentó en el tro-

Hubiérase podido saber que existía un hombre llamado

Todo estuvo en riesgo.

pérdida, conquistado la seguridad.

De momento se había evitado el peligro, impedido

docto Rassenndyll.

—Celebro ver a usted, teniente Bernenstein—dijo Ro-

da de Rodolfo, que éste le tendía.

Adelantándose, dobló la rodilla y besó la mano izquier-

dió. Debía secundar a Rodolfo Rassenndyll.

Estos ojos hablaban para él un lenguaje que compren-

pálida como la Reina y con los ojos brillantes.

Mi mujer cogió el brazo de Bernenstein, y éste la vio

—¡No temas: todo va bien querida!

que oyeron todos:

hacia sí y, sosteniéndola por el talle, dijo en voz baja, pero

Entonces, con una sonrisa de amor y piedad, él la atrajo

A N T H O N Y H O P K I N S

R U P E R T O D E H E N T Z A U

Rodolfo condujo a la Reina a un sillón y ordenó a la

servidumbre que no revelaran su presencia durante algunas

horas.

Dijo que, sin duda, al advertir la agitación de la Reina,

habían adivinado que se trataba de un asunto de suma im-

portancia, que exigía su presencia en Strelsau, y al mis-

mo tiempo que nadie se diera cuenta de esa presencia.

En breve quedarían en libertad de revelar lo que qui-

sieran; pero ahora les pedía que se portaran como lo que

eran: hombres fieles y adictos a su Rey.

Se volvió entonces hacia Helmsing y dijo que le mandaría

llamar durante aquella tarde, bien en mi casa, donde esta-

ba, bien en palacio.

En seguida dijo que se le dejara solo unos instantes con

la Reina.

Obedecieron; pero apenas se hubo retirado el canciller,

mandó a llamar a Bernenstein y a mi mujer.

Helga se apresuró a acercarse a la Reina, que estaba

todavía trémula y sobrecogida.

Rodolfo llamó aparte a Bernenstein y hablaron ambos

largo rato.

Rassenndyll se mostró muy alarmado al saber que no

había noticias de Sapt ni de los demás; pero sus apren-

siones aumentaron al saber el motivo que llevó al Rey al

pabellón de caza. En realidad lo ignoraba todo: donde es-

taba el Rey, donde estaba Ruperto y donde estábamos nos-

otros.

Estaba en Strelsau, reconocido por media docena de

personas, protegido simplemente por sus promesas. Podía

ser desenmascarado de pronto por la llegada inopinada del

Rey o por un mensaje suyo.

Sin embargo, hizo frente con serenidad y tesón a tantos

riesgos y dificultades.

Dos cosas parecían evidentes.

Si Ruperto había escapado de la celada y vivía aún y

llevaba la carta en el bolsillo, era preciso dar con él.

Esto era lo principal.

R U P E R T O D E H E N T Z A U

Rodolfo condujo a la Reina a un sillón y ordenó a la servidumbre que no revelaran su presencia durante algunas horas.

Dijo que, sin duda, al advertir la agitación de la Reina, habían adivinado que se trataba de un asunto de suma importancia, que exigía su presencia en Strelsau, y al mismo tiempo que nadie se diera cuenta de esa presencia.

En breve quedarían en libertad de revelar lo que quisieran ; pero ahora les pedía que se portaran como lo que eran : hombres fieles y adictos a su Rey.

Se volvió entonces hacia Helsing y dijo que le mandaría llamar durante aquella tarde, bien en mi casa, donde estaba, bien en palacio.

En seguida dijo que se le dejara solo unos instantes con la Reina.

Obedecieron ; pero apenas se hubo retirado el canciller, mandó a llamar a Bernenstein y a mi mujer.

Helga se apresuró a acercarse a la Reina, que estaba todavía trémula y sobrecogida.

Rodolfo llamó aparte a Bernenstein y hablaron ambos largo rato.

Rassendyll se mostró muy alarmado al saber que no había noticias de Sapt ni de los demás; pero sus aprehensiones aumentaron al saber el motivo que llevó al Rey al pabellón de caza. En realidad lo ignoraba todo: donde estaba el Rey, donde estaba Ruperto y donde estábamos nosotros.

Estaba en Strelsau, reconocido por media docena de personas, protegido simplemente por sus promesas. Podía ser desenmascarado de pronto por la llegada inopinada del Rey o por un mensaje suyo.

Sin embargo, hizo frente con serenidad y tesón a tantos riesgos y dificultades.

Si Ruperto había escapado de la celada y vivía aún y llevaba la carta en el bolsillo, era preciso dar con él.

Esto era lo principal.

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: Paris, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

30 DE ABRIL DE 1931

Delegado en Madrid: Luis Gómez Mesa

María de Molina, 92

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMERICA: Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbadá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Primo de Rivera, 20, Irán Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

CINEMA Y TEATRO

y IV

Si la técnica sonora es desconocida todavía por los americanos que la practican desde hace cuatro años, piénsese en lo que es para nosotros. No nos queda mas que recomendarnos a este santo empírico patrón de nuestra raza que se orienta por el olfato y acaba siempre por encontrar su camino. Para formar el personal en gestación, un plan de experiencias científicas exigiría muchos millones que no se pueden emplear en ello. Pero no podemos quejarnos, puesto que la técnica sonora de nuestras películas no tiene que envidiar gran cosa a la técnica americana.

Si los directores italianos pudieran disponer de capital, de estudios, de escuelas, de expertos técnicos internacionales, de actores de todas las partes del mundo, de sugeridores de temas, de ideas, de motivos sacados de la literatura y de la ciencia, y servido todo esto en caliente a la dirección; si nuestros directores dispusieran de todo esto, las películas serían también extraordinarias. Esto para los descontentadizos. Si hacen un poco de ejercicio recobrarán el apetito; y si ejercitan la prudencia sabrán establecer justas relaciones entre la producción italiana y la producción americana. Es la misma cosa que para el teatro: con actores rusos yo llegaría a hacerme elogiar hasta por los más exigentes críticos.

La conclusión de las conclusiones a que se ha llegado también en Italia con «La canción del amor» es la misma que yo he sacado en América, tanto entre los públicos que se aburren con el demasiado «hablado» en lengua española como entre los brasileños cansados de las películas americanas que les parecían parlanchinas en exceso y de las portuguesas. La manía del «ciento por ciento» que al principio parecía que iba a tragarse al teatro ha terminado en América del Norte. La casa Warner Bros que tomó un gran incremento con la película hablada ha visto bajar sus acciones de 80 a 20 dólares; la Paramount de 85 a 50; la Fox-Film de 90 a 40; la Metro Goldwyn de 80 a 25. Es la decadencia de la película hablada, de la película que iba a reemplazar al teatro...

Se comienza pues a dibujarse prácticamente

una nueva forma de arte representativo, que tiene del cinema si bien se aleja de la pantomima, que fué el esqueleto constructivo de la Décima Musa y que tiene por otra parte del teatro del cual toma la dicción. Hace ya un año, sin embargo, Max Reinhart, que en punto a declamación está bien enterado—pero a quien como escenógrafo se le confunde muchas veces con los directores de escena, mientras que su grandeza incomparable reside sobre todo en el arte de la comedia—ha hecho la observación de que el arte de decir en el

REFLECTOR

Cinema soviético

La fenecida monarquía española con su legión de censores, elegidos entre lo más torpe y cerril de la burocracia nacional, puso el veto al cinema ruso, tan aleccionador, tan pleno de enseñanzas históricas y sugerencias sociales.

Lo más que permitió el caído régimen, y esto con ciertas restricciones, podando las escenas más vivas y atrevidas del film soviético, fué la proyección casi privada de algunas películas rusas en las llamadas sesiones de arte, no asequibles, por la elevación de precios, a las clases populares.

Es de suponer que el Gobierno Provisional de la República no se oponga a la libre entrada y proyección en nuestros locales de films soviéticos, por audaz que sea su intención social. Debe tenerse en cuenta que el cinema ruso es, por encima de todo, pedagógico y educativo: espejo histórico de la Rusia actual.

La U. R. S. S. ha hecho del cine, elevando su rango, ennobleciéndolo, un instrumento pedagógico eficaz y rápido, por medio del cual instruye al pueblo ruso, aun a la masa más analfabeta, en cuantas materias son útiles al hombre para que adquiera la conciencia de sus derechos y responsabilidades ante la sociedad.

Negar la entrada a estos films de amplio carácter cultural, sería caer en la incompreensión cerril de la nefasta monarquía alfoncina.

MATEO SANTOS

cinema es muy diferente de la dicción teatral.

Si se tiene en cuenta que los diálogos reducidos a dos o a cuatro frases exigen la síntesis de la expresión de la idea, se comprenderá que en el cinema hablado las entonaciones deben ser definitivas, infalibles. Estas frases no van seguidas por otras que las anulan, las completan, o una réplica que las recubra, sino que quedan lapidarias, esenciales.

Se explica por esto que los deplorables defectos de los actores de teatro aumentan considerablemente y se ponen en relieve en el cinema aunque el texto a decir quede reducido a algunas frases. El amaneramiento de la declamación teatral convencional que ha suscitado en estos últimos diez años la rebelión de tantos teatros experimentales es tan falso como el del altavoz en el que se hace resaltar toda su mentira y su corrupción. De aquí que muchas veces los actores profesionales de teatro declamen peor que los aficionados del cinema.

Las exigencias del cinema en cuanto a naturalidad y estilo—dos conceptos que no están en contraste—nos ponen hoy de nuevo en presencia de problemas, más urgentes todavía, que hemos estudiado y desarrollado para realizar un teatro más conforme con la sensibilidad de nuestro tiempo. Problemas de eficaz sinceridad, causas del gusto moderno. George Frechs decía: «Ningún hombre se comporta en la vida real como se comportan nuestros actores en las comedias que pretenden imitar fielmente la realidad». Nadie, en Italia, habla como hablan los actores en la escena. El cinematógrafo no tolera absolutamente estas cadencias y estas pronunciaciones, este dialecto de escenario.

Estos problemas de la dicción deben sorprender verdaderamente a los directores más inteligentes. Veámosles tomando las nuevas sutilezas artísticas revelando un arte que era bien la antítesis del suyo. Y veamos cómo las casas extranjeras nos hacen reír con sus ediciones italianas en las que no se recita bien y en las que se habla un italiano... del otro mundo.

* * *

Pero quiero decir algo sobre mi próxima producción, sobre mi primera composición cine-sonora, aunque de momento no diré gran

cosa. Actualmente estoy estudiando el asunto que tendrá carácter cómico. No sé todavía como lo titularé. El asunto es original de Raffaele Matarazzo, joven redactor del *Teve-re*. Como se acostumbra a hacer para las películas cómicas, esta primera idea se ha dado a algunos humoristas, creadores de «gags» y arregladores de escenas; ahora les están dando vueltas, desarrollándolas y enriqueciéndolas, en una palabra, rehaciéndolas según mi idea: yo colaboro.

Yo no quiero hacer una película cómica fría, flemática a la manera anglosajona, sino una película con movimientos, fantasías y sobresaltos alegres, una película sencilla y característicamente nuestra en el espíritu de las frases, en la mímica y en todo lo demás.

Me acuerdo de Arlequín y de Polichinela, pero también del teatro sintético futurista, del género bufo superrealista, y del género cómico desarrollado en el teatro de los Independientes, con mucho ánimo... pero sin provecho. Los conocemos todos y los conocemos bien. Nuestros esfuerzos consisten en no caer en el tipo americano, aunque el tema nos arrastre a ello como si resbaláramos en mondaduras de bananas.

Estoy dosificando la composición con gran cuidado, manteniéndola lo más que puedo en un plano elemental. Distribuyo alternativamente en la película tanto lo hablado como los cantos y los ruidos. A distancias periódicas se reparten los sonidos sincronizados o las frases.

Pero hay que saber que desde el principio hasta el fin subsistirá un fondo musical continuo que no cesará con lo hablado pero que se atenuará durante el diálogo y se hará sustituir por la música cuando no exista diálogo.

Será, pues, una película muda y sonora, con títulos hablados en forma de diálogos: no será lo que se dice una película hablada, es decir, una reproducción del teatro.

La palabra no entrará allí sino como hilo conductor de la acción; habrá en lo hablado una gran sobriedad. La película sonora encontrará siempre su más seguro fundamento en la visión sostenida por la música. En las películas sonoras sucede efectivamente que recordamos la parte visual y olvidamos la parte musical, mientras que en el melodrama es todo lo contrario.

En mi película cómica los pequeños trozos hablados consistirán solamente en dos frases,

a lo más tendrán una réplica; es decir, cuatro frases en todo. El diálogo no será nunca más largo.

Las peripecias cómicas tendrán siempre después un momento de reposo sentimental, de olvido y momentánea dejadez, y después de esto un éxtasis optimista, reanimador. Momentos rápidos. Esta película es la clásica epopeya cómica de un individuo perseverante que acaba por vencer. Pero este muchacho se ayuda con los impulsos alegres propios del temperamento italiano. Quiero tomar en grande y en sonoro el género clásico que comenzamos nosotros con las películas cómicas Cines que produjo mi padre hace veinte años y que nos llevaron a Tomásín, género que fue también francés y de gran estilo con Max Linder y que pasó después a América produciéndose con lo flemático de Charlot, de Harold Lloyd y Buster Keaton. Mi tentativa es arriesgada, ya lo sé, pero es mi destino. Yo debo siempre romperme la cabeza por la alegría de los que van a ver. Soy un poco como mi héroe que se llama «Scarogna» (mala suerte): todo lo consigue, pero todo se le va. Y no digo más...

ANTON GIULIO BRAGAGLIA

DELGADO

¡¡Admiración!!

A qué es debida la admiración que despiertan los cutis femeninos modernos?

A los también modernísimos

POLVOS DE ARROZ TENTACIÓN

Son un RÉGIMEN DE BELLEZA. Nutren la piel; alimentan los poros y absorben la grasa.

Afelpados e intensamente perfumados.



PERFUMERÍA "PARERA" BADALONA

CABALLERO: En la peluquería no admíta le sirvan LOCIÓN "VARÓN DANDY" en frasco grande y abierto. Exija el frasco precintado de LOCIÓN INDIVIDUAL "VARÓN DANDY" precisamente, y tendrá la seguridad de que es producto LEGÍTIMO.

ALTAVOZ DE HOLLYWOOD

por GABRIEL ARGÜELLES

Las múltiples y cambiantes facetas que presenta el periodismo contemporáneo, el examen de los libros que se leen mucho, la reseña de los espectáculos que arrastran más público es más importante que la crítica de las obras exquisitas del ingenio gustadas sólo por una reducida minoría.

La acción docente y depuradora de la crítica debe dirigirse principalmente al público medio e inferior, que ni es tan torpe que se desentienda en absoluto de las normas estéticas, ni es lo bastante culto para crear doctrina. Pensar así no es sentir la atracción de lo insignificante ni saborear lo mediocre. Es únicamente reconocer que los éxitos populares, aun cuando se trate de obras desdeñadas por las Letras se deben a estados o disposiciones del alma colectiva que es en último término el receptáculo de todas nuestras actividades y fines. Esta afirmación es particularmente cierta tratándose del cine; sólo que como su nacimiento es tan reciente y ha vivido casi supeditado a los intereses de la industria, las secciones cinematográficas de la Prensa son frecuentemente pobres y escritas sin criterio alguno. Por otro lado, la escasa crítica que de las películas se hace, parece escrita de rodillas o en cuatro pies, según que la inspiren el interés de la industria o el pacato saber y entender de sus autores. En las redacciones de nuestros periódicos, ser cronista cinematográfico tiene el mismo valor que pertenecer a las brigadas de boy scouts o ser aficionado a la motocicleta.

Pero esta actitud de la Prensa será forzosamente transitoria ya que se trata de una industria artística que divierte y entretiene al setenta por ciento de nuestra población y en el que se han invertido muchos millones.

Estas palabras de un artículo de nuestro jefe de Redacción, el señor Fernando Rondón, son la mejor introducción que podíamos en-

contrar a unas notas que debe conocer la prensa hispanoamericana acerca de sus corresponsales y de sus informaciones periodísticas sobre Hollywood. En realidad los corresponsales que los periódicos creen tener en Hollywood, son en un noventa y cinco por ciento aspirantes al cine, que arrastran en las antecámaras de los estudios, el nombre del periódico, para conseguir un modesto trabajo de extras. Naturalmente sus informaciones reflejan las fluctuaciones de sus estómagos y están escritas con el primitivismo más inconcebible. La Prensa Hispano Americana es así juguete y burla de los inescrupulosos. Nos permitimos citar aquí algunas cosas que suplicamos a los periódicos no tomen sino como simples comentarios, o más bien, casualidades, ya que reconocemos la capacidad de sus directores y nuestra intención sólo los favorece.

Todo Hollywood se ha reído esta semana del artículo que en lugar preferente trae un importante periódico de Méjico y en el que se elogia los éxitos artísticos de Mona Rico, a la vez que se culpa a rivalidad de nacionalidades sus últimos fracasos. En realidad, Mona Rico no ha pasado nunca de la condición de extra. Sus fracasos se los debe a que Dios no la dotó de sensibilidad estética. Uno de los grandes estudios de California recibió informes muy desfavorables para ella cuando se exhibió fuera de los Estados Unidos su película con Paul Ellis.

Todo Hollywood se ha reído también de «El Sol», de Madrid, cuya edición del domingo, 22 de febrero, dice de Baltasar Fernández Cué, su ex corresponsal en Hollywood, que fué solicitado por Universal Pictures Corporation en vista del éxito obtenido por «Así es la vida», cuando todo el público sabe que Cué no tuvo nada que ver con este engendro cinematográfico y que «La Prensa», de Buenos Aires, en su edición del 1.º de enero de este año coloca en el peor lugar posible. El mismo Fernández Cué ha sido objeto de otro necio artículo escrito por alguien que nada sabe de Hollywood, publicado por «Heraldo de Madrid» y en el que se dice que es el enemigo de los españoles cuando hasta se ha llegado a acusar a Cué, de favorecer a los españoles y argentinos más de lo justo.

Más sorprendente aún, ha sido el último número de «Cine Mundial» que al pie de un artículo de Zárraga, corresponsal en Hollywood de esta revista, trae una nota de la Redacción burlándose de él y desautorizándolo casi. Dice así: «Fíjense ustedes en las cosas que se le ocurren a la gente de California. Noten que bajo el nombre de Don Q. se oculta un periodista conocido y que estaba aparentemente cuerdo hace un año, cuando salió para Hollywood.»

Y el simpático periódico «Mundo al Día», acaso el que mayor circulación alcanza en Colombia, trae artículos firmados por un señor Moreno y en los que se da el gran bombo a un buen chico, Julio Abadía, que no es otro que el propio autor del artículo y corresponsal del diario. Así se elimina lo interesante para el público por publicar lo que conviene al corresponsal.

Y podríamos continuar la lista si no nos parecieran suficientes los ejemplos, dada la notoriedad de los periódicos citados.

Así los productores norteamericanos, que en el fondo comprenden la situación y que conocen, acaso mejor que nosotros, estos y otros muchos casos, se rien muy tranquilamente de la prensa Hispanoamericana y se preparan a tomarle el pelo a nuestro público, enviándole sincronizaciones iguales o peores que las que éste rechazó hace un año. Dicen ellos, que no vale la pena de tomarse trabajos, por un público cuyos portavoces y corresponsales periodísticos en Hollywood pueden ser comprados tan barato.

Dos películas en español se han estrenado durante la semana. «La gran jornada» y «La

fruta amarga». La primera es floja; la otra tiene el atractivo de que en ella debuta Virginia Fábregas y el buen trabajo de María Luz Callejo y Juan de Landa.

En «La fruta amarga» ha debutado como artista cinematográfica la célebre actriz mejicana Virginia Fábregas. Se trata de una película de argumento muy americano, de fondo grotesco hasta la dramaticidad y cuyos personajes y acción requieren extraordinario dinamismo. En inglés la filmaron Wallace Beery y Marie Dressler. La versión española no está mal, pero tiene el grave defecto de que el director no comprendió en absoluto la energía y dinamismo, así como la rapidez que requería la obra. Hay escenas, la de la pelea entre ellas, que dan la impresión de estar hechas por partes, de ser una taracea de celuloide.

Juan de Landa en el papel de Bill (Wallace Beery) está mucho mejor que en «El presidio». Completamente identificado con el tipo del protagonista, oportuno en el gesto, naturalísimo en el movimiento y con una entonación mucho más baja y conveniente que la que hasta aquí le conocíamos. Virginia Fábregas se revela en la pantalla como una buena actriz de teatro, pero sin posibilidades para el cine. Está completamente fuera de tipo. De sus labios escuchamos el mejor juicio que puede resumir su actuación: «Toda mi vida difiere de la de la protagonista, mi actuación ha estado siempre enmarcada en la comedia fina o el drama. No podré hacer los tipos de la Dressler porque ni los siento ni son los que me corresponden.»

María Luz Callejo ha sido una revelación maravillosa. Chiquilla de linda figura, es con María Alba y Luana Alcañiz lo mejor de nuestras actrices jóvenes. José Pena muy discreto y muy bien en el papel que filmó. Los demás irregulares y malos. Elvira Morla está ya muy vieja y se nota el cutis quirúrgicamente estirado. Hay efectos de luz bastante buenos, sobre todo cuando la protagonista está a punto de ahogarse en una lancha automóvil a la deriva. El diálogo sencillo, pero un poco distante de la fuerza y del ritmo que requería la obra.

GABRIEL ARGÜELLES



Los Establecimientos MADAME X son exclusivos. Sólo ellos podrán suministrarle su Faja de Caucholín para adelgazar y vestir a la moda, así como sostenes, medias y faciales, todo de Caucholín. Podrán enviarle catálogo y contestar a sus preguntas. Estudiar su figura y rectificar su línea. Pueden expedir a provincias y al extranjero los pedidos que se le confíen.

Establecimiento MADAME X
en **BARCELONA**
Rambla de Cataluña, 24

Sucursales en Bilbao, Córdoba, Málaga, Madrid, Oviedo, Santander, San Sebastián, Sevilla, Valencia, Vigo y Zaragoza.

CUPÓN NUM. 8

Ruperto de Hentzau

Nombre del lector

Domicilio

Dirección

Estos cupones se canjearán por otro definitivo a la terminación de la novela *El prisionero de Zenda* y de la segunda parte titulada *Ruperto de Hentzau*, de la Editorial Iberta, que dará derecho a unas artísticas tapas.

Los grandes éxitos sonoros de **EXCLUSIVAS TRIAN**

El rey de los frescos

Producción PATHÉ NATÁN.

Creación del célebre chansoner parisién Georges Milton. Totalmente hablada y cantada en francés, con títulos en español. Estrenada en los salones Capitol y Kursaal de Barcelona y Royalty de Madrid.

La princesa del Caviar

Primera producción sonora de Anny Ondra. Estrenada en el Palacio de la Música de Madrid y en los salones Capitol y Kursaal de Barcelona.

¡Me perteneces!

Primera producción sonora de la célebre estrella Francesca Bertini y Suzy Vernon. Estrenada en el Palacio de la Música de Madrid y Cinema Rosellón de Barcelona.

Esta noche... tal vez...

Deliciosa comedia cantada en español, interpretada por la bellísima estrella Jenny Jugo. Música del célebre compositor Roberto Stolz, que despertó el entusiasmo del público por su novedad y fácil entonación. Estrenada en los salones Capitol y Kursaal de Barcelona y contratada por la SAGI para sus locales de Madrid.

Empresarios:
pregunten, indaguen
Cuatro éxitos verdad

Exclusivas Trian

Consejo de Ciento, 261

Teléf. 32744

BARCELONA

PLANOS DE MADRID

Sin censura

GARANTIZAN los bien enterados que es propósito del Gobierno provisional de la República suprimir la censura de películas.

Siempre consideramos una equivocación su existencia. De modo que si es cierta esa noticia gritemos: ¡al fin! en tres repetidos hurras de alegría.

Y suponemos que, como nosotros, la celebrará toda la afición.

Ya podrá contemplar el público los films soviéticos. Esas obras maestras de técnica y realización que sólo unos pocos afortunados conocemos por sus exhibiciones en privado: «El acorazado Potemkin», «La madre», «La línea general», «La huelga», «Los últimos días de San Petersburgo»...

Unicamente por eso vale la pena mostrar y demostrar un gran contento.

Y al desaparecer la censura cinematográfica gubernativa, de política y policía, en venganza debían establecer los espectadores la artística.

Cinta insulsa o pesada: «prohibida su presentación por el comité de educación del gusto».

Pero son tantas las que merecen esa orden, que es preferible dejar la idea en pura broma.

Además, que lo que importa es la libertad. Que se digan y oigan las cosas y se vean las películas enteras: en su verdad.

Así:

Sin censura.

Imperio Argentina

La excelencia de su labor en «Su noche de bodas» ha constituido una sorpresa, una revelación.

Menos para nosotros.

En su primer trabajo en la protagonista «La hermana San Sulpicio», apreciamos ya en Imperio Argentina firmes condiciones de triunfo. Una cara bonita y simpática. Ojos expresivos. Y señales evidentes de poseer temperamento, sensibilidad.

Quizá en «Los claveles de la Virgen» y «El profesor de mi mujer» se despistase por culpa de sus malas direcciones.

Pero con la banda parlante, resurge victoriosa.

De su época, felizmente corta, de cupletista, le quedó una grata voz y una sonrisa de picardía.

Y esas dos experiencias las utiliza a maravilla en «Su noche de bodas», película hablada, cantada y bailada. Pero que si no es, gracias a las gracias de Imperio Argentina, se pierde en la cursilería de sus canciones. Porque ese «recordar» del estribillo y ese «Oh, sí, mi bien» y su letra toda, desacreditan a cualquiera. Por suerte, el autor de lo único deleznable del film, o sean las cancioncitas, cree, en su insensatez, que atinó. Compadezcámosle. Es el tonto auténtico preso en su tontería y sin esperanzas, por tanto, y por tonto de veras, de curación. ¡Pobrecillo J. L. S.!

Películas tartamudas

Nos referimos a las que, dialogadas en idiomas extranjeros, llegan a nosotros sólo con algunos trozos hablados y una adaptación musical, generalmente para salir del paso.

Y como tartamudas que son, crisan los nervios.

La repetición de sus discos acaban por irritar al público. Y el pateo es inevitable.

Nuestros empresarios se enfadan por eso y piden calma, cortesía, educación.

Nosotros opinamos que lo prudente es que esa clase de películas se alejen, por ahora, de nuestras carteleras.

El dilema es sencillo:

O mudas, con un agradable acompañamiento musical y directo, de orquesta que actúa en la sala, y no mecánico. O parlantes en su integridad.

Nunca tartamudas.

Confiamos que, a la postre, la voluntad soberana de los espectadores será obedecida por los mismos concesionarios de esos films...

Propagandas de hoy

De pronto se dió el salto enorme de la indiferencia por el reclamo a su abuso y exageración. Como que en bastantes ocasiones—acaso sin intención—se cae en el «bluff».

Empresarios sin términos medios. Nada o todo.

Y nadie mejor que los usufructuarios de las páginas de cine—simples hojas de publicidad—de los diarios, para saberlo en su lucha por el anuncio constante y seguro.

Inquietud. Desigualdad.

—No. Esta película no interesa. Nos ahorramos su propaganda.

—Mañana le contestaré en definitivo.

—Que aguarde, y si no, que se marche.

—Tampoco me es posible atenderle en este instante. Tal vez a la noche.

Y así, en pruebas de agotar las mayores paciencias.

Conviene difundir el título de una película que se conceptúa extraordinaria.

Y entonces se recurre a los más excepcionales medios de divulgación.

Carteles en cada esquina y en los topes de los tranvías, prospectos repartidos a mano en las calles y arrojados a las calles desde aeroplanos, carrozas alegóricas...

Una completa campaña de atrapar la curiosidad de las gentes. Una especie de extensión de una candidatura electoral, pero sin su intensidad, sin su trascendencia.

Propagandas de hoy precisa y preciosa mente...

EL ÚLTIMO

Los proyectos de Samuel Goldwyn

HABIENDO regresado Samuel Goldwyn a los estudios hollywoodenses de los Artistas Asociados, ha comenzado a desarrollar su labor de director de producción. Según los planes actuales se han de rodar dieciocho películas para el programa 1931-32. Como ya se ha anunciado, el productor Goldwyn continuará actuando, con todo, como productor independiente, distribuyendo sus películas por mediación de los Artistas Asociados.

Los proyectos de Joseph M. Schenck, que está a la cabeza de los Artistas Asociados y de la Art Cinema, para imprimir mayor desarrollo a la organización comercial de la primera de estas corporaciones y a la construcción de teatros para la exhibición de películas, en cumplimiento del programa establecido, le obligaron a ceder las riendas de la producción a Samuel Goldwyn. Al anunciar la designación de Goldwyn para este cometido, Schenck ha declarado: «Los éxitos de Goldwyn como productor garantizan al público y a los empresarios una alta calidad de producción cinematográfica.» Probablemente no hay ningún productor que haya tenido los éxitos positivos de Goldwyn. Sus «Capitán Drummond», «Condenados», «Raffles», «The Devil To Pay» («El pródigo») y «Whoopee», para mencionar solamente algunos de los más recientes, han demostrado plenamente su capacidad para satisfacer los gustos del público y, de rechazo, beneficiar los intereses de los empresarios. No se ha perdido tiempo desde el anuncio de esta nueva política de producción. Goldwyn trazó un plan de operaciones y salió para el Este de los Estados Unidos y Europa, donde no solamente presencié el estreno de «The Devil To Pay», por Ronald Colman, en Nueva York y Londres, sino que buscó nuevos elementos para sus producciones.

Uno de los primeros elementos que conquistó a su causa fué Herman Shumlin productor y director del gran éxito teatral del Broadway «Grand Hotel», para actuar de supervisor en varias producciones que se han de rodar próximamente. En su nuevo cargo Shumlin actuará bajo la dirección de Arthur Hornblow (hijo), jefe de supervisores del productor Goldwyn. Shumlin colaborará en la adaptación a la pantalla de varias obras escénicas que han triunfado recientemente en Broadway, cuyos derechos han sido adquiridos para verificar la versión cinematográfica como «Street Scene», «The Unholy Garden» y «What Fun Frenchmen Have».

Durante su viaje a Europa, Goldwyn ha contratado también a Madame Chanel, uno de los mejores diseñadores de modelos del mundo de la moda. Madame Chanel se encargará,

pues, de «vestir» las producciones de inminente realización y a este efecto pasó ya el charco y se encuentra actualmente en Hollywood.

Desde su regreso a Cinelandia, Goldwyn ha emprendido su labor, comenzando la producción de una película de Ronald Colman, cuyo título se anunciará en breve; y «Street Scene», la obra que ganó el premio Pulitzer, cuya transcripción cinematográfica dirigirá King Vidor. Entre los que actuarán bajo la égida de Goldwyn hay los escritores Hecht y MacArthur autores de «The Front Page» («La primera página»); Sidney Howard, Louis Bromfield y Frederick Lonsdale. A estos nombres prestigiosos se agregará, probablemente, el de otro célebre escritor, Somerset Maugham. Nuestros cinéfilos se enterarán, sin duda, con interés, de que Goldwyn ha añadido también los nombres de Walter Huston, Ina Claire y Chester Morris a la ya importante lista de estrellas de los Artistas Asociados.

La carrera cinematográfica de Samuel Goldwyn es verdaderamente notable. Ha sido presidente del grupo de directores de la Famous Player-Lasky Corporation y es también el Goldwyn de la Metro Goldwyn Mayer, pues una compañía productora de películas por él fundada constituyó uno de los factores para la formación de esta entidad. Su primer film fué producido en sociedad con Jesse Lasky y dirigido por Cecil B. De Mille, que cobraba un sueldo de cien dólares semanales, siendo el protagonista Dustin Farnum. Su título era «The Squaw Man». En 1917 Goldwyn intervino como mediador en la fusión Famous Players-Lasky a base de un capital de 25 millones de dólares, y fué después nombrado para presidir el grupo de directores de esta compañía. En 1918, junto con Arch y Edgar Selwyn, organizó la Goldwyn Pictures Corporation de la que pasó a ser presidente y propietario principal. En 1926, el productor Goldwyn se alió con los Artistas Asociados como productor independiente. El 13 de octubre de 1927 fué elegido, por unanimidad, miembro propietario de los Artistas Asociados como Mary Pickford, Norma Talmadge, Douglas Fairbanks, Gloria Swanson, Charlie Chaplin, Joseph M. Schenck y David W. Griffith. Su íntima amistad con Joseph M. Schenck data de largo tiempo.

DEPILATORIO PERLINA

Novedad científica. Exento de olor desagradable. Exquisitamente perfumado.

BLASCO-BARCELONA

POTE 3 PTS. SOBRE 0'50 PTS.

MEDIAS DE CALIDAD

SEDA NATURAL, A 8'50 PTAS.

CASA BELETA Avenida Puerta del Ángel, 35



que ha confirmado, al ser estrenada en

KURSAAL y CAPITOL

la favorable acogida que la dispensó el selecto público que acude a las
Sesiones Especiales de

"STUDIO CINAES"

en una de las que fué presentada como merecido honor a su mérito excepcional

MUSEO DE BELLEZAS



Leila Hyams

Actriz de la M.-G.-M.

Ayuntamiento de Madrid

EL TESORO DE "MAMÁ COULTER"

por CONCHITA URQUIZA

CUANDO alguien en los estudios de la Metro Goldwyn Mayer quiere saber qué atavío hubiera lucido Jenny Lind en un te danzante en 1867, o qué clase de zapatos usaban las mujeres de los colonos en 1777, lo único que tiene que hacer es dirigirse a «Mamá Coulter», la jefa del departamento de guardarropía.

Esta viejecita, que ha vi-

vido y trabajado a la sombra del teatro y del cinema durante más de cincuenta años, conoce las modas de todos los tiempos... desde la hoja de higuera que hacía el orgullo de Eva en el Paraíso, hasta los trajes de talle estrecho y faldas de gran vuelo de estos modernos días de Chanel y Vionnet.

Su oficina está provista

de una buena cantidad de libros ilustrados con dibujos de trajes y adornos de todas las épocas; pero «Mamá Coulter» sólo raramente tiene que recurrir a esos volúmenes. Su conocimiento, como dice ella misma, ha sido adquirido en el teatro, no en manuscritos. Y lo extraño es que escritores, directores, artistas y diseñadores por

igual, acuden a consultarla en todo lo que se refiere a trajes de carácter.

«Mamá Coulter» empezó a trabajar en el teatro a los quince años; y actualmente, convertida en una viejecita de sesenta y cinco, con los cabellos blancos, pero fuerte y derecha como un huso, todavía le sobra vigor para trepar por escaleras de mano y hurgar los arcones atestados de pintorescos atavíos.

En los días de su juventud, el simple deseo de ser artista se consideraba casi inmoral; y en el caso de

«Mamá Coulter», la realización de tal deseo era particularmente difícil. Su abuelo, que había servido como coronel en la guerra de 1812, y ocupado el puesto de tesorero del gobierno del Estado de Kentucky, no quería ni oír hablar de que su nieta se convirtiera en actriz. Pero... basta una ojeada al rostro de «Mamá Coulter», que dice de un carácter resuelto y de un espíritu valeroso, para comprender que la oposición del abuelo no alteró en nada la resolución de la nieta.

La joven, en efecto, escapó del hogar paterno para ingresar en la escena en calidad de bailarina; y bailando recorrió los tablados de innumerables teatros, desde Méjico hasta el Canadá, a través de todo el territorio de los Estados Unidos. Durante largo tiempo trabajó con la «Olympia & Boston Ideal Opera Company», pero al cabo abandonó la danza para dedicarse al arte dramático uniéndose a una compañía de la legua como característica.

La historia de la «Mamá Coulter» de aquellos tiempos es sumamente pintoresca. Hay que oír la narrar cómo recorría los caminos, ya con esta compañía, ya con aquella, deteniéndose en pequeños pueblos y ciudades, y hospedándose en hoteles baratos. Tal existencia, sin embargo, que se antoja fascinadora cuando la vislumbramos a través de las páginas de un libro, es en realidad muy fatigosa... y «Mamá Coulter» acabó por cansarse de ella.

Fué entonces cuando de-

El disfraz de la linda Kay Johnson para vestir «Madame Satan», de la M.-G.-M. es creación de «Mamá Coulter».



MG. 6386

Empezó su nueva carrera al servicio de la compa.



La
ropía
recuer
do pa
histor
Coulte
ves de
rrujac
tenue
cómo
tenece
un co

(Continúa en
Pantallas)

Con modelos como Raquel Torres, vale la pena de hacer milagros de inventiva.



Otro maniquí viviente de "Mamá Coulter" es la deliciosa Anita Page.

MEDIA C

Record



Hospital 27
Barcelona:

Harán mas sugestiva
su belleza.....

La historia de un hombre, de una mujer y de una época

ABRIL de 1889.—De millares de gargantas brota el alarido de la pradera al son de la descarga oficial. Surgen las masas, a caballo la mayor parte, en ferviente avalancha por llegar en primer término a la región de Cimarrón (Oklahoma), donde se extienden los cuatro kilómetros cuadrados de tierras, de las que automáticamente se harán dueños al plantar su cédula. A pie, a caballo, en mulos; en vehículos de cuatro ruedas, de dos ruedas, de todas clases, variaciones y

tamaños, según la usanza de aquellos tiempos. Hasta individuos montados en aquellas bicicletas atrabiliarias de una enorme rueda delantera y de una pequeñita trasera, hacían esfuerzos inauditos por mantenerse en la contienda. La hirviente humanidad se extendía en olas panorámicas sobre la llanura, tal como si sus abigarrados componentes de ambos sexos se meciesen sobre una inmensa alfombra de matices calidoscópicos, pero avanzando, avanzando siempre. ¡Allá van...! Unos caen y pierden su montura; otros abandonan la carrera, fatigados... Mil y un incidentes hacen patente la tenacidad de estos colonizadores del siglo diecinueve por llegar al terreno que ambicionan. ¡Tal debe de haber sido el férreo espíritu del inmortal Colón en la memorable travesía de las tres carabelas!

Uno de los elementos que formaban parte de la agitada muchedumbre, un joven fornido, de rostro varonil, habilitado para la ocasión, iba en vertiginoso galope cuando oyó un grito y vio a una mujer rodar del caballo. Apresurándose a socorrerla, desmontó y con gusto escuchó que estaba ella sana y salva, aun cuando había quedado su caballo mal herido en la caída. Al notar esta mujer, Dixie Lee (Estelle Taylor), que su corcel estaba inutilizado y que semejante percance le negaría el te-

rreno que tanto ambicionaba para sus planes mesalinescos, monta rápidamente sobre el del galante Yancey Cravat (Richard Dix) y se tiende al galope dejando a éste solo con su rabia. ¡Rayos y centellas...! Su primer impulso fué echar mano a su fiel revólver, pero no... mejor será no dispararla, pues era una mujer la burladora.

Banderitas y cédulas es todo lo que se veía en las calles de la naciente población de Osage, meca de los colonizadores, antes de que la actividad colectiva de éstos diese forma a casas, tiendas, bodegas, etc. De toda clase de caracteres, profesiones y gremios, se componía el cuerpo social que acababa de poblar la nueva región, pero en asuntos de ley o en contiendas de derecho, honor o propiedad, era el revólver el que decidía los problemas en la temprana vida de la población de Osage. Cuanto mejor la puntería, mayor el derecho—decían los colonizadores—hasta que la maquinaria de la ley del país se impuso con la ayuda del elemento sano de la región.

Burlado por una mujer y sin terreno, volvióse Yancey Cravat a su hogar de Wichita (Kansas), donde practicaba leyes y editaba un periódico, pero de su inquieto espíritu y fructífera mente no se apartaba el espectáculo de la embrionaria región con sus grandes oportunidades de desarrollo individual. A los nueve días de estar de vuelta en su hogar, la pristina elocuencia de Yancey Cravat vence la voluntad de su esposa Sabra (Irene Dunne), y muy en contra de los deseos de los Venables (parientes de Sabra), salen los Cravat con su hijito Cim y con su imprenta y biblioteca forense hacia la población virgen de Osage. Isaiah (Eugene Jackson), un negrito sirviente de los Venables que adoraba a Yancey, se había escondido en uno de los vagones, y cuando lo descubrieron no cupo en sí de gozo el pequeño Cim, para quien la fidelidad de Isaiah significaba un buen compañero de juego.

Al llegar a Osage se dedica Yancey Cravat a investigar quién fué el que mató al editor de la hoja local, pues se había hecho el firme propósito de revelar el nombre del asesino en el primer número del periódico que iba él a establecer ahí. Todos resguardaban el nombre, probablemente por el temor que infundía el matón. Poco después, un comité de ciudadanos pidió a Yancey que se hiciera cargo de los servicios religiosos que se iniciarían bajo una enorme carpa de lona—bajo cuyos pliegues la cantina y sala de juegos de azar conservaban su recato en días de semana—, pues había necesidad de predicar la palabra del Señor a las desenfrenadas multitudes. ¡Cuál no sería la sorpresa de los Cravat al notar entre los feligreses a Dixie Lee, la mujer que despojó a Yancey de su cabalgadura y, por ende, del terreno en la memorable carrera, y a Lon Yountis (Stanley Fields), hombre de mala catadura y enemigo declarado de Yancey! Con gran calma y sin darse cuenta de que su misma «sang fría» aumentaba la tensión nerviosa de la audiencia, comenzó Yancey Cravat su improvisación, intercalando, entre paréntesis, que primeramente denunciaría en público al asesino de su predecesor: «El asesino, el tenebroso matón, se llama...» No pudo Yancey terminar su declaración, porque se le adelantó el revólver de Lon Yountis, que hablaba con voz de trueno y plomo, pero que no contaba con la agilidad y certera puntería de Yancey, ciclópeo vencedor de tan formidable contienda. El escándalo fué inmenso...

Con auspicios tan dramáticos ya estaba asegurado el porvenir del incipiente periódico, y para completar la felicidad de los Cravat, un nuevo vástago—una niña—viene a alegrar su hogar. Un año después, las depredaciones del facineroso The Kid (Wm. Collier, Jr.)—joven que adoptó el bandidato por una tragedia de familia—alcanzan tales proporciones, que la gavilla decide asaltar el Banco local. En la refriega muere el polvo The Kid, resulta herido Yancey Cravat y pierde la vida el fiel Isaiah, víctima inocente que había salido en busca de Cim, su inseparable compañero.



Cualquiera diría que estos acontecimientos serían suficientes para apaciguar la eterna inquietud de Yancey Cravat, pero no es así. Rehusándose su esposa a acompañarlo cuando se distribuye otro territorio virgen en la región Cherokee, se va él solo y permanece ausente por cinco años. Cuando regresa a Osage se entera que la libertina Dixie Lee va a ser juzgada esa misma mañana y que, careciendo de amigos y de defensor, será probablemente sentenciada a prisión. Sabra Cravat, respondiendo al llamado del elemento reformador, la había encarcelado, y Yancey Cravat, abogado de lo criminal y esposo de la acusadora, acude a defender al reo gratuitamente bajo el impulso flagelante de su romántico sentido de justicia... Circunstancias atenuantes absuelven a Dixie Lee, y Sabra la perdona... Los valores dramáticos de tan impresionante escena perdurarán en la mente del espectador tal como si estuviese éste viendo con sus propios ojos a la mismísima Magdalena delante de la justicia.

Pasan nueve años más. La ahora ciudad de Osage ha crecido a pasos agigantados bajo el impulso materialístico del blanco, pero Yancey Cravat continúa defendiendo apasionadamente al indígena, dueño original y elemento primitivo de esos territorios, y aun cuando le ofrecen la gubernatura, la rehusa, porque la oferta no es limpia. ¡El es el apóstol insobornable del derecho individual y de la libertad de imprenta!... Después se desvanece Yancey de la escena... Los convencionalismos de la vida rutinaria lo sofocan y anonadan. De Francia llegan noticias diciendo que se le había visto en acción en la Guerra Mundial al lado de los aliados. Mientras tanto, la influencia política del poderoso rotativo que dirige Sabra Cravat adquiere gran prominencia, y en 1930 es nombrada ella diputada al Congreso de la Unión. En su primer acto oficial tiene Sabra que descubrir una estatua en la flamante metrópolis petrolífera de Osage. Estaba la ceremonia en su apogeo cuando hay una explosión en un pozo cercano, accidente que pudo haber causado la muerte de centenares de personas si no hubiese sido —dicen los obreros— por un desconocido, un tal Yancey, quien resultó gravemente herido al tratar de extinguir la mecha del barreno explosivo.

Con húmedas pestañas temblorosas de emoción darse cuenta Sabra de la identidad del quijotesco personaje que yace inerte en sus amorosos brazos. «Dulce mujer y buena madre», fueron sus últimas palabras cuando la Intrusa solivianta la perenne inquietud de Yancey Cravat, tal como él mismo lo hubiera deseado, sin fanfarrias, timbales ni aspavientos, mientras que el sol del mediodía bate sus rayos abrasadores sobre la bri-

llante estatua que en honor del colonizador, simbolizado en la forma corpórea de Yancey Cravat, acaba de descubrirse en la plaza principal de Osage.

La grandiosidad de «Cimarrón», drama cinematográfico que bajo ningún concepto podría calificarse bajo el amplio apelativo de «película del oeste», ha sido cantada, proclamada a los cuatro vientos por los críticos más insobornables de la pantalla. Sobre esto la opinión es unánime. Baste tan sólo con mencionar que la acción de esta obra abarca un período de cuarenta y un años, o sea de 1889 a 1930—época en la que precisamente el progreso y descubrimientos científicos se destacan favorablemente — y que en esta superproducción todos esos cambios han sido anotados—. Las maravillosas transformaciones que Ern Westmore (mago del maquillaje

de los estudios R. K. O.) hizo para ajustar la apariencia física de los intérpretes al curso de los años, son simplemente notables. Otro que merece mención especial es Max Ree, director artístico, por la fidelidad de las decoraciones e indumentaria. A este respecto hay que hacer notar que Richard Dix hace cinco caracterizaciones diferentes. Wesley Ruggles, por su atinada dirección, se ha ganado probablemente el primer puesto entre los directores contemporáneos; y, como nota interesantísima, diremos que la soberbia actuación de Irene Dunne constituye el «descubrimiento» artístico del día.



C. 220

VESTIDOS DE ESTRELLA... ¡A DÓLAR!

EL vestido favorito de Clara Bow lo ostenta hoy, con toda probabilidad, una estenógrafa. Este, y otros muchos vestidos que a su debido tiempo causaron sensación en el público femenino del mundo entero, han acabado definitivamente su carrera artística de la pantalla.

Tal se debe a que han sido recientemente vendidos en pública subasta, en el estudio de la Paramount, al precio de un dólar por pieza.

otros, era preferible facilitar a las empleadas de la Paramount una ocasión de vestir en forma que de otra manera estaría completamente fuera de su alcance.

Uno de los vestidos más elegantes que lució Ruth Chatterton en la película «Anybody's Woman», lo

basta fué el que Clara Bow usó en la película «The Fleet's In». Es de encaje, y lo adquirió una estenógrafa, que fué la primera en llegar a la línea de compradoras, ya que su ocupación la permitió madurar el día de la venta.

El anuncio de la venta

por la módica suma de un dólar, vestidos tasados primitivamente en varios centenares de pesos. La venta total incluyó cuatrocientos vestidos, y apenas si duró una hora.

La subasta es la primera de su género que se ha hecho en muchos años.

tará cambio alguno durante la temporada que viene. Los sombreros, en cambio, experimentarán cambios lo bastante radicales para iniciar una nueva era en los anales del tocado capilar femenino.

No hay sombrero que no sufra una contracción en el futuro, dice Banton. Las alas estarán moldeadas en forma de tricornio y bicornio para que ocupen menos lugar en el espacio. No solamente dejarán al descubierto, sino que ade-



Clara
Bow, la
bonita peli-

roja
del estudio
Paramount.

No pocos de los vestidos vendidos al irrisorio precio de un dólar han costado, originalmente, más del sueldo mensual de su compradora final.

Cuatrocientos de estos vestidos fueron vendidos recientemente en la subasta del estudio. A pesar de que la mayoría de ellos estaban casi nuevos, ocupaban un lugar en el almacén absolutamente necesario para guardar los nuevos modelos que venían a reemplazarlos.

La Paramount decidió que, antes de vender los vestidos a detallistas de segunda mano, o de desha-

lucirá en breve una afortunada secretaria de cierta oficina del estudio.

Tres de los vestidos mejores que ha lucido Kay Francis, a quien se consideraba la mujer más elegante de Norteamérica, los lucen hoy una camarera de café de Hollywood, una escribiente de estudio y una peinadora. Nada fué más fácil que adaptar los vestidos a la moda del día.

El mejor de todos los vestidos vendidos en su-

se hizo con varios días de anticipación, y se pasó nota a todos los departamentos del estudio.

El día de la subasta, el local en que ésta tuvo lugar estaba atestado de muchachas de todas categorías y ocupaciones, y no faltaban las consabidas esposas de los electricistas, pintores, carpinteros y demás empleados del estudio, quienes se permitieron el lujo soberano de adquirir,

Opiniones de Travis Banton, el mago de la moda.

La industria, a la par que arte, de los sombreros de señora, está a punto de experimentar uno de esos choques vitales que alteran el perfil de una nación. Tal, por lo menos, asegura Travis Banton, el diseñador de modas de la Paramount.

La silueta que priva por el momento no experimen-

tará permitirán ver el cabello de los lados y el de la nuca. Por el detalle este, solamente, podrán las lectoras darse una idea aproximada de las dimensiones de los nuevos sombreros.

Según Banton, estos sombreros atómicos crearán una revolución en el arte del peinado femenino. Lo más probable es que la labor del peinado femenino tengan que hacerla expertos maestros del arte, a fin de reunir el cabello en el número suficiente de bucles, espiras y rodetes necesarios para ajustarse a las exigencias de los ultra modernos artefactos.

Banton aconseja a todas

OROCREMA



JABON DE ALMENDRAS

El tacto delicado y la finura del terciopelo, adquirirá su cutis con el uso del jabón de almendras

OROCREMA

Es el mejor tratado de belleza e higiene de la piel, la que mantiene fresca, lozana, libre de granos y rojeces y en perpetua primavera.

[Pero pida Orocrema, pues se imita]

LOS PERFUMES DE TASARA
Alfonso XII, 11-Barcelona

las mujeres, sin excepción alguna, que elijan sus modelos de sombreros de primavera con todo cuidado, y que se los prueben cuantas veces sean necesarias en la intimidad de su boudoir, antes de salir a la calle. Los expertos parisinos aseguran que el nuevo modelo tendrá que llevarse levemente inclinado sobre una ceja, dejando la frente al aire, sin que por eso esté demasiado echado hacia atrás. La declaración de los artistas parisinos no puede ser más laberíntica, como puede notarse al punto.

Bromas y veras

Es usted fotogénico

Hace unos días conoció Tony d'Algy en un lujoso cabaret de Montmartre a una joven bellísima. Ella, al verle, dijo entusiasmada:

—¿Le gusta a usted el cine?

Y Tony la contestó:

—No mucho. A veces me aburre demasiado...

—Quiero decir el cine como profesión. Usted es fotogénico, tiene una figura interesante... Tal vez fuera su porvenir...

—Sí; ya he pensado muchas veces en esto; pero siempre lo he creído un imposible...

—Sin embargo, usted debe intentar... Yo puedo recomendarle... ¿Quiere?

—Con mucho gusto. No sabe usted cuánto se lo agradezco.

—Precisamente en aquella mesa está un director de la Paramount, gran amigo mío. Voy a presentárselo.

Tony, que quería gastarla una broma, fué tras ella hasta la persona indicada, que era E. W. Emo, realizador del film «Lo mejor es reír», donde el joven «fotogénico» hace uno de los papeles más importantes.

—Amigo Emo. Va usted a conocer a un muchacho que tiene gran ilusión por el cinema hablado. Es español. Su figura se adapta maravillosamente... ¿Por qué no le contrata usted?

Emo miró de arriba abajo a nuestro admirado galán, y

Kay Francis, otra elegante de Hollywood.

por toda respuesta, dijo:

—Bien. Está usted contratado. Mañana, a las nueve, le espero en el «set». Y déjese de jergas. Tiene usted que madrugar, y mucho trabajo, para estar aquí... Andando...

Se despidieron. Y al volver con la dama a su palco le aseguró ésta, sonriente.

—Consigo todo lo que quiero, con él. Es muy bueno. Y tenga por seguro que trataré de complacer-

me haciendo de usted un gran artista. Pronto podrá agradecermelo... ¿No le decía yo que era fotogénico?

A Imperio Argentina la persigue un rajah

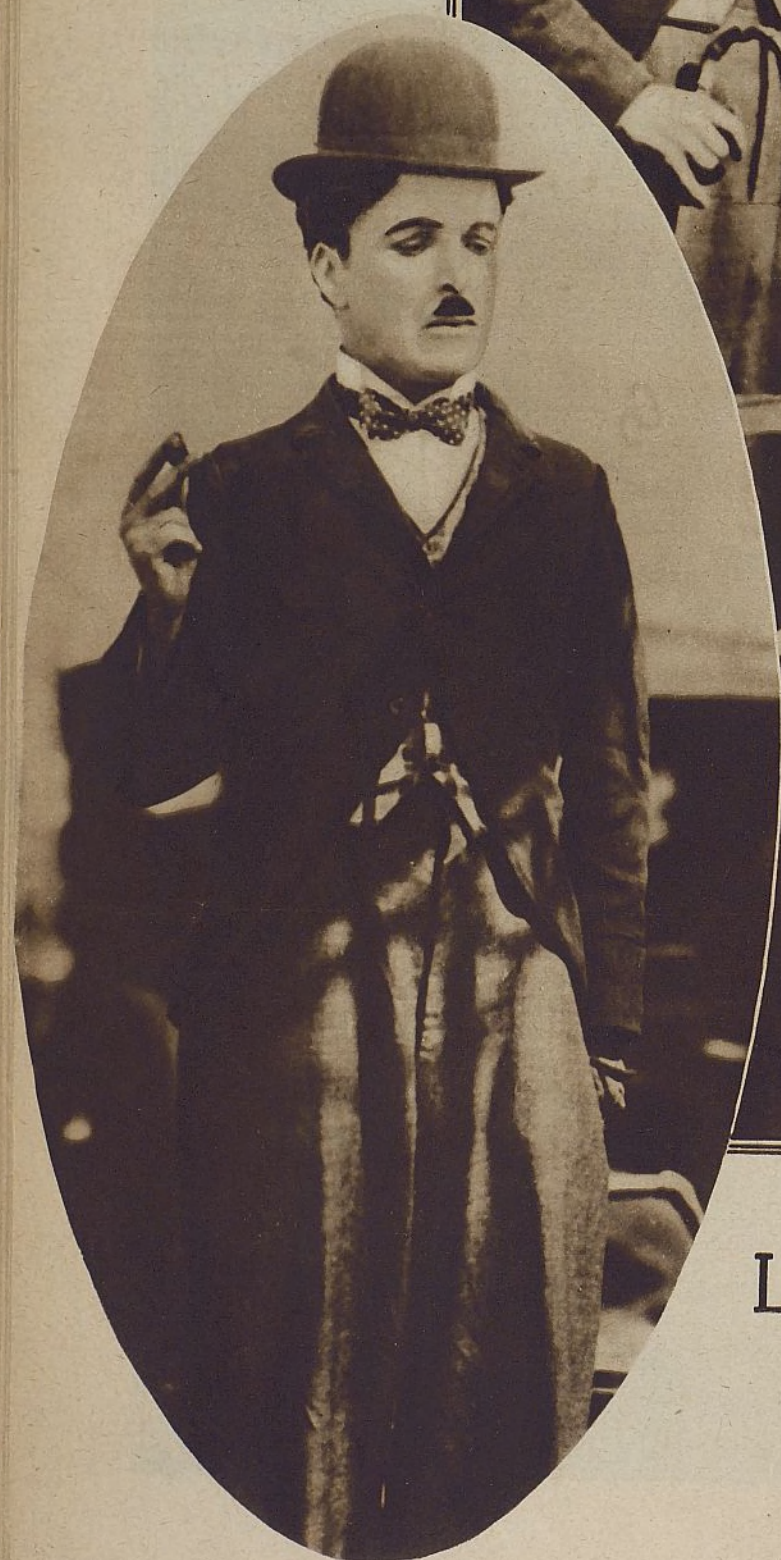
Hemos leído en la prensa que la bellísima Imperio Argentina es asediada constantemente por un rajah que acude a los estudios atraído por el poderoso imán de la popularidad cinematográfica. Y es in-

teresa verla con él en los momentos de descanso. Parece a su lado la reina poderosa de una corte fantástica, donde supo triunfar la hermosura y el arte y la simpatía. Y, según rumores, es muy fácil que estas visitas del rajah alejen para siempre del «set» a la ideal Imperio Argentina, porque piensa casarse con él. Así nos lo ha confesado.

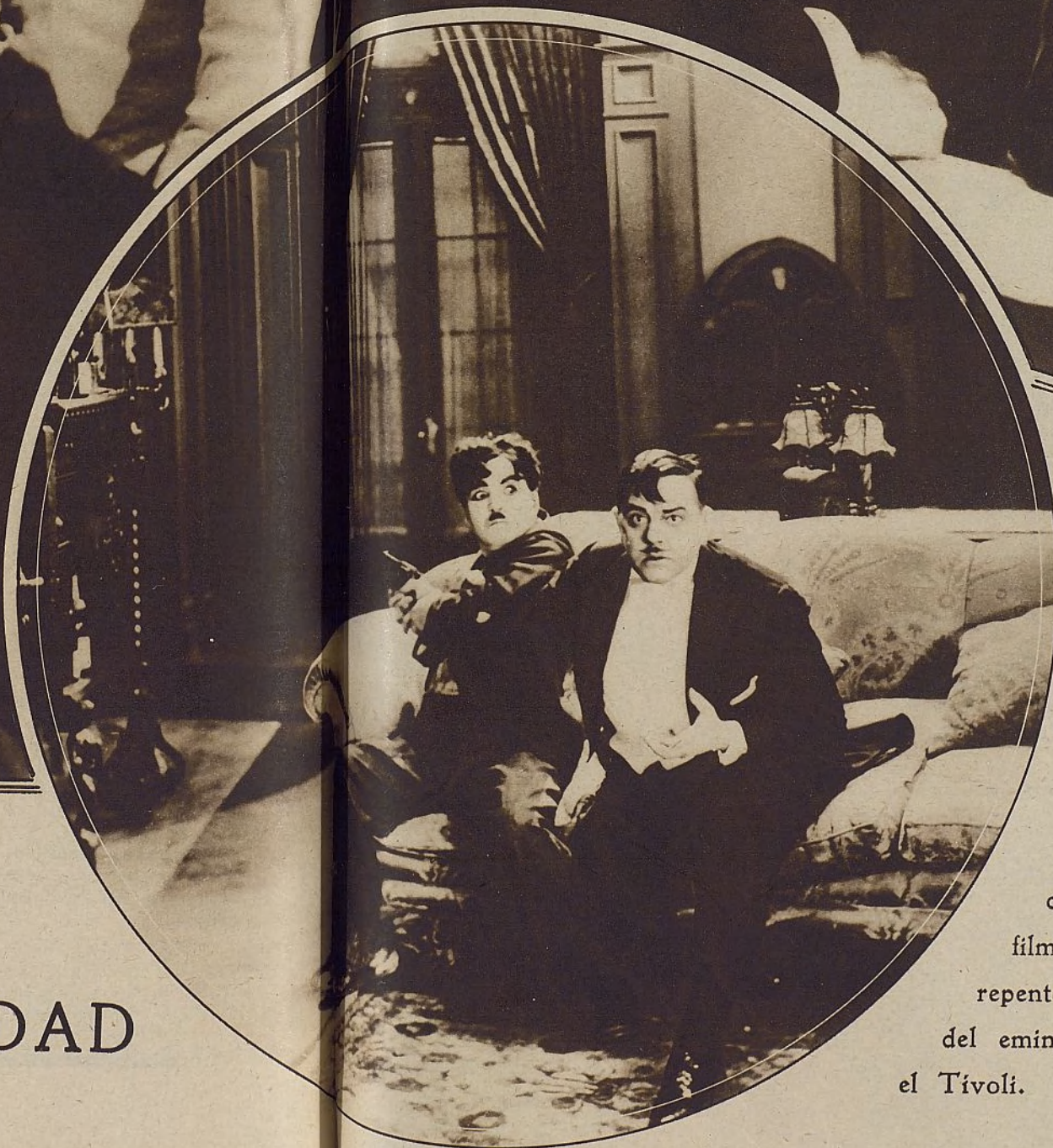


P1052-86

Los
grandes
films
de la
temporada



LAS LUCES DE LA CIUDAD



Charlot
ha ofrecido al ci-
nema sonoro una gran pe-
lícula, digna de sus mejores producciones
como "La químera del oro", "El chico", etcétera.
Su creación en "Las luces de la ciudad" es sen-
cillamente genial.

Lo cómico — esa comicidad de Charlot que in-
vade lo humorístico — y lo dramático está mezclado
con suprema maestría. Ante las escenas de este
film, la carcajada que brota espontánea, se corta de
repente para dar paso a la emoción. Tal es la obra
del eminente actor de la pantalla, que sigue su éxito en
el Tivoli.

¿Hombres o diablos?



En el Fuerte Amalfa, que se destaca solitario en las avanzadas de la Legión Extranjera francesa en Marruecos, cuatro soldados escuchan las sentencias que se les imponen por su conducta desordenada. Los cuatro son compañeros inseparables, excelentes soldados en el campo, pero rebeldes a la disciplina.

Deucalion, antiguo oficial francés, espía del enemigo, traicionado por Eleanore, se vió obligado a escapar para no sufrir la sentencia de muerte. La Legión le brindó su abrigo seguro.

Los otros, Machwirth, alemán; Biloxi, americano, y Vologuine, ruso, tienen también pasados sombríos que tratan de olvidar.

De pronto llega la orden de que la compañía marche a auxiliar otro puesto atacado por los rifeños. Los cuatro suplican al capitán les dejen tomar parte en la expedición, pero éste se niega y les hace sufrir el castigo. Cuando la compañía ha partido, contraviniendo todas las órdenes, salen del Fuerte y se incorporan a ella para tomar parte en la lucha. Se portan como valientes y, al regresar a Amalfa después de la victoria, el capitán les dice que les hará condecorar si prometen abandonar sus costumbres insurrectas.

En Casablanca están los cuatro recibiendo sus medallas, cuando Deucalion ve a la mujer que lo traicionó en compañía del capitán Moriconi y comprende que ella sigue siempre el

mismo camino de maldad y de astucia. Avisar al capitán del peligro que corre, sería descubrir su identidad y exponer su propia vida; así se lo hace comprender Eleanore cuando se entrevista con ella para disuadirla de sus propósitos. Deucalion piensa que sólo la muerte de aquella mujer puede libertarles y va a estrangularla cuando es sorprendido por una patrulla de policías, que se lanzan en su persecución.

Deucalion huye y con él sus tres compañeros, pero al llegar al río Biloxi, que no sabe nadar, cae en manos de los policías, mientras los otros tres se salvan a nado.

Unos meses más tarde Biloxi, destacado en un fuerte del desierto, es secuestrado por una patrulla de nativos que lo llevan a un campamento rifeño, en donde encuentra a Machwirth y Vologuine. Allí le enteran de que Deucalion ha erigido una especie de reino independiente entre los árabes y que pueden los cuatro vivir en plena libertad, sin estar sujetos a ninguna disciplina.

Deucalion está ausente, enfrascado en una difícil misión. Quiere secuestrar a Eleanore y castigarla con la misma crueldad con que el destino lo ha castigado a él durante todos aquellos años de destierro. La muerte le parece demasiado dulce castigo para aquella mujer; llevándola cautiva a su campamento, pagará ojo por ojo, diente por diente, todo el mal que por ella ha sufrido.

En el campamento el trato que Deucalion

da a Eleanore levanta las protestas de sus compañeros, y Vologuine, que empieza a sentir la disciplina de Deucalion, ofrece ayudar a la traidora.

El Marabú árabe, gestiona con Deucalion todo lo que puede conducirlos a la organización de un reino árabe. Pero Eleanore, que está sinceramente enamorada de Deucalion, desechada ante los desprecios de éste, procura congraciarse con el Marabú y volverse contra él.

Deucalion se entera de que sus compañeros Machwirth y Biloxi, que habían salido en busca de un cargamento de armas y municiones, han caído en manos de los legionarios, y que, en venganza, han destruido el depósito de agua del fuerte.

En el fuerte se mueren desed. Deucalion quiere entrevistarse con su antiguo capitán y ofrecerle su ayuda, pero éste se niega, diciéndole que no se fía de un desertor traidor a la patria.

Entretanto Eleanore ha inducido al Marabú a que ataque el fuerte, convenciéndole de que Deucalion es un cobarde y no se defenderá.

Deucalion, traicionado por unos, despreciado por otros, pone por encima de todos su amor patriótico, y en nombre de Francia vuelve sus armas contra los árabes. Los legionarios, atónitos al principio, salen en su ayuda. La lucha es terrible, dramática, encarnizada.

La película da fin de la manera más sorprendente y lógica.

¿Hombres o diablos?



En el Fuerte Amalfa, que se destaca solitario en las avanzadas de la Legión Extranjera francesa en Marruecos, cuatro soldados escuchan las sentencias que se les imponen por su conducta desordenada. Los cuatro son compañeros inseparables, excelentes soldados en el campo, pero rebeldes a la disciplina.

Deucalion, antiguo oficial francés, espía del enemigo, traicionado por Eleanore, se vió obligado a escapar para no sufrir la sentencia de muerte. La Legión le brindó su abrigo seguro.

Los otros, Machwirth, alemán; Biloxi, americano, y Vologuine, ruso, tienen también pasados sombríos que tratan de olvidar.

De pronto llega la orden de que la compañía marche a auxiliar otro puesto atacado por los rifeños. Los cuatro suplican al capitán les dejen tomar parte en la expedición, pero éste se niega y les hace sufrir el castigo. Cuando la compañía ha partido, contraviniendo todas las órdenes, salen del Fuerte y se incorporan a ella para tomar parte en la lucha. Se portan como valientes y, al regresar a Amalfa después de la victoria, el capitán les dice que les hará condecorar si prometen abandonar sus costumbres insurrectas.

En Casablanca están los cuatro recibiendo sus medallas, cuando Deucalion ve a la mujer que lo traicionó en compañía del capitán Mordiconi y comprende que ella sigue siempre el

mismo camino de maldad y de astucia. Avisar al capitán del peligro que corre, sería descubrir su identidad y exponer su propia vida; así se lo hace comprender Eleanore cuando se entrevista con ella para disuadirla de sus propósitos. Deucalion piensa que sólo la muerte de aquella mujer puede libertarles y va a estrangularla cuando es sorprendido por una patrulla de policías, que se lanzan en su persecución.

Deucalion huye y con él sus tres compañeros, pero al llegar al río Biloxi, que no sabe nadar, cae en manos de los policías, mientras los otros tres se salvan a nado.

Unos meses más tarde Biloxi, destacado en un fuerte del desierto, es secuestrado por una patrulla de nativos que lo llevan a un campamento rifeño, en donde encuentra a Machwirth y Vologuine. Allí le enteran de que Deucalion ha erigido una especie de reino independiente entre los árabes y que pueden los cuatro vivir en plena libertad, sin estar sujetos a ninguna disciplina.

Deucalion está ausente, enfrascado en una difícil misión. Quiere secuestrar a Eleanore y castigarla con la misma crueldad con que el destino lo ha castigado a él durante todos aquellos años de destierro. La muerte le parece demasiado dulce castigo para aquella mujer; llevándola cautiva a su campamento, pagará ojo por ojo, diente por diente, todo el mal que por ella ha sufrido.

En el campamento el trato que Deucalion

da a Eleanore levanta las protestas de sus compañeros, y Vologuine, que empieza a sentir la disciplina de Deucalion, ofrece ayudar a la traidora.

El Marabú árabe, gestiona con Deucalion todo lo que puede conducirlos a la organización de un reino árabe. Pero Eleanore, que está sinceramente enamorada de Deucalion, desechada ante los desprecios de éste, procura congraciarse con el Marabú y volverse contra él.

Deucalion se entera de que sus compañeros Machwirth y Biloxi, que habían salido en busca de un cargamento de armas y municiones, han caído en manos de los legionarios, y que, en venganza, han destruido el depósito de agua del fuerte.

En el fuerte se mueren des ed. Deucalion quiere entrevistarse con su antiguo capitán y ofrecerle su ayuda, pero éste se niega, diciéndole que no se fía de un desertor traidor a la patria.

Entretanto Eleanore ha inducido al Marabú a que ataque el fuerte, convenciéndole de que Deucalion es un cobarde y no se defenderá.

Deucalion, traicionado por unos, despreciado por otros, pone por encima de todos su amor patriótico, y en nombre de Francia vive sus armas contra los árabes. Los legionarios, atónitos al principio, salen en su ayuda. La lucha es terrible, dramática, encarnizada.

La película da fin de la manera más sorprendente y lógica.

Sobre la música de una opereta cinematográfica

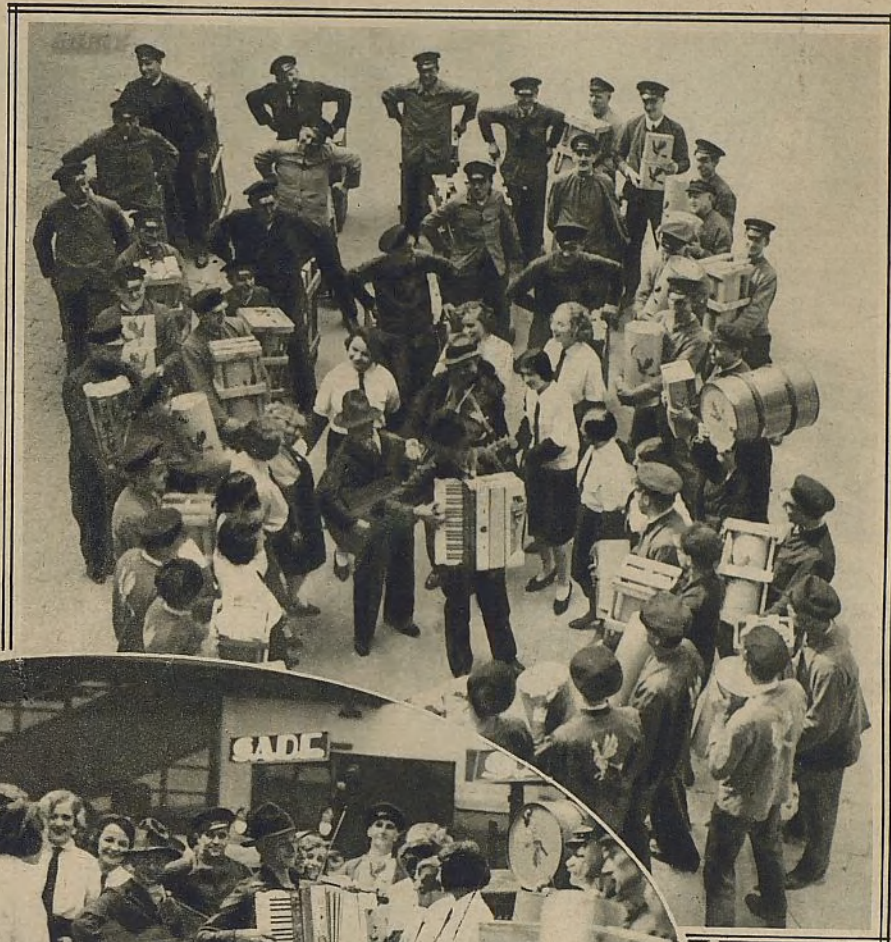
Por Wílhem Röntz

UNA atmósfera y un tema como los de «Por orden de Su Alteza»—la corte de un estado minúsculo, en la cual cae una princesa de libres maneras, dando lugar a conflictos con los ministros, el mayordomo de palacio y los detectives del servicio secreto—exigen imprescindiblemente una estructuración musical adecuada a la naturaleza del ambiente y del argumento.

Hace falta, en primer lugar, la música como comentario. Desde este punto de vista los elementos más importantes de la partitura son: una marcha militar sin palabras, la música bailable tocada por la banda del palacio real, los bailables más tempestuosos de la orquesta en

un baile de carnaval, las piezas ejecutadas por una banda de poca monta en la pista de patinaje y el coro de los cocineros, admirablemente ejecutado por el octeto vocal «Comedian Harmonists».

Hacen falta también —¿cómo no?—unas cuantas melodías gratas al oído, porque sin ellas perdería su razón de ser el concepto mismo de la opereta. Tales melodías abundan en «Por orden de Su Alteza». El coro de los cocineros se convierte en «canción del diplomático», ya que no en vano las recetas de cocina—«un poco



He aquí tres escenas culminantes de «El Camino

del Paraíso», opereta Ufatan de Erich Pommer.



de eso, otro poco de aquello y una pizca de lo de más allá—son perfectamente aplicables también a la cocina de la diplomacia y de la política. Pero el plato fuerte—y delicado a la vez—son dos canciones de amor—un vals y un fox lento—, a las cuales ningún oído musical es capaz de resistir.

El ritmo de las diversas melodías se transforma y la música surge, espontáneamente, del carácter de cada situación. La música del baile de máscaras asalta la memoria de la princesa, mientras ésta se encuentra en su tocador, la canción que fué el motivo principal de tal escena hablada, se convierte en comentario de una escena muda, el vals pasa a ser fox-trot y viceversa. La partitura se convierte en un elemento unificador para el desenvolvimiento de la acción dramática. La sonoridad semimusical, los ruidos casi melódicos y más o menos armónicos

subrayan, por otra parte, a modo de graciosos apartados tales o cuales incidentes y peripecias, como por ejemplo, las órdenes del rey—personaje importantísimo, pero que sólo se presenta a los espectadores al final de la obra bajo el uniforme del colegial y en un acceso de cólera, como sólo es excusable en un rey de doce años—, dadas siempre por medio de transparentes luminosos.

Werner R. Heymann, el compositor de tantas obras maestras de la literatura musical ligera, prosigue en «Por orden de Su Alteza» el camino abierto con «El vals del amor» y ensanchado brillantemente en «El camino del paraíso». Es un camino verdaderamente real, por el cual avanzan a placer, bajo la mano segura del compositor, las formas musicales que la opereta cinematográfica requiere e impone. Formas típicas e inconfundibles, sólo realizables a base de ese don indefinible que Werner R. Heymann posee, y que el poeta calificó de difícil facilidad.

Una estrella cine- matográfica

La más moderna de todas las estrellas del firmamento cinematográfico jamás se ha visto en la pantalla, y lo probable es que no vea jamás una película suya. La artista del caso se llama Reri, y es de raza polinesia.

Es la heroína de «Tabú», filmada por F. W. Murnau a tres mil millas de Hollywood. Su belleza se mostrará por el mundo entero... con excepción de la minúscula isla de Bora Bora, donde Reri vivió la primera luz del día, y donde verá las sombras de la última noche, con toda seguridad.

En Bora Bora no hay cines. Sus habitantes jamás habían visto una cámara, ni siquiera de bolsillo. El lugar más próximo de Bora Bora, donde la civilización ha sentado sus reales, es Tahití, y está a trescientas millas de travesía. Los habitantes de Bora Bora no van jamás a Tahití, por la sencilla razón de que nada tienen que hacer en la isla.

En Bora Bora no hay aún concursos de belleza, de modo que la película era el medio único de que Reri se hiciera famosa. Y lo ha aprovechado, a pesar de que en su linda cabeza polinesia jamás habíanse aposentado sueños de gloria cinematográfica.

El modo de como Reri se hizo la más famosa de todas las damas de la isla es un acontecimiento digno de feliz recitación, y pronto ocupará lugar prominente en todos los periódicos del mundo civilizado.

Murnau se dirigió a las islas del Pacífico meridional con un argumento ya en ciernes. Al llegar a Tahití, con su equipo y sus acompañantes, comenzó a buscar un lugar que, por lo bello y lo tradicional, fuese escenario apropiado para la cinta proyectada.

Durante tres meses navegó por el archipiélago de la sociedad, en el mismo yate en que hizo la travesía. Visitó más de treinta islas, hasta que llegó a la de Bora, que designó inmediatamente como la más apropiada para sus planes.

Antes de que Murnau llegase a Bora Bora, había examinado a varias docenas de muchachas indígenas. En Bora Bora examinó a unos cuantos centenares más, en busca de una belleza que sirviese para el papel de primera actriz.

Por entonces oyó hablar de Reri. Una verdadera hija de las islas, admirada por todos. A la sazón estaba en una isla inmediata, haciendo una visita.

Murnau aguardó su regreso. En el momento mismo en que vivió a la muchacha, que entonces contaba diez y seis años de edad, la

que jamás se ha visto en la pantalla

la joven polinesa es una actriz dramática consumada, como lo ha probado durante los seis meses que duró la filmación de la película. Jamás llegó a verse en la pantalla por la sencilla razón de que en Bora Bora no hay posibilidad de revelar películas.

Al concluir la cinta, Murnau abandonó la isla, dejando a Reri entregada a la vida paradisíaca de Bora Bora en compañía de su familia. No hay duda que tarde o temprano se casará. Y hasta es posible que llegue a olvidarse de que un buen día compitió con las estrellas más famosas del mundo desconocido de Norteamérica.

La estrella no llegará jamás a saber lo que el mundo piensa de ella. Y lo más probable es que no le importe lo más mínimo, pues la vida en Bora Bora es algo enteramente perfecto, innecesible a los afanes y a la angustia de nuestra decantada civilización.

Mil millas de viaje en busca de un primer actor.

F. W. Murnau, el autor de la película «Tabú», tuvo que recorrer más de mil millas en un viaje de exploración que comprendió numerosas islas del archipiélago de la Sociedad, hasta que logró encontrar un primer actor. El tal primer actor se llama Matahi.

A los veintiséis días de haber salido de Hollywood llegó Murnau a la isla de Nukuhiva, del grupo de Las Marquesas. Allí comenzaron las pesquisas en busca de un primer actor.

«A pesar de que nuestro punto de destino era Tahití, dice Murnau, del archipiélago de la Sociedad, comenzamos a inspeccionar todos los lugares accesibles de Las Marquesas, con la esperanza de poder encontrar un primer actor que reuniese todas las características de belleza física de su raza.»

Los expedicionarios tuvieron mala suerte, pues una reciente epidemia había dejado un rastro trágico en las islas Marquesas. Así, hasta llegar al archipiélago tahitiano, no fué posible encontrar el tipo verdaderamente representativo de la raza polinesia, única en el mundo por su perfección estatuaría.

Matahi, elegido por Murnau para el papel principal de «Tabú», es alto y esbelto. Sus hombros de hércules se han desarrollado a fuerza de nadar y bucear en busca de perlas y de pescar con el tridente, que los indígenas usan a modo de arma arrojadiza.

La selección de Matahi obedeció, no sola-

impuso en el papel de heroína de «Tabú».

Reri posee una belleza incomparable, poderosamente juvenil, basada en una finura única de facciones, de cutis y de cabello. Su cutis es ligeramente oliváceo. En belleza, Reri puede competir con las artistas más hermosas de Hollywood.

De todas las bailarinas de Bora Bora, Reri es la más hermosa y la más graciosa, a pesar de su juventud. Sabe las treinta o cuarenta danzas de la isla, y las ejecuta con un poder de fascinación que sobrepasa a cuanto pueda decirse de su arte.

A pesar de la aparente ligereza mental que parece denotar la actitud coreográfica de Reri,

mente a su presencia física, sino que también a su talento natural de actor, manifestado inconscientemente cierto día en que remedaba al propio Murnau, para regocijo de sus amigos de la isla.

El monte Tabú es escenario único para la película de Murnau.

F. W. Murnau hizo una travesía de tres mil millas en un yate minúsculo, partiendo de Hollywood, hacia el Pacífico meridional, a fin de filmar «Tabú». Por extraña coincidencia, y sin que él mismo lo supiera, eligió como escenario una isla llamada «Monte Tabú».

El propio Murnau refirió la coincidencia antedicha, a su regreso a Hollywood, después de una ausencia de año y medio. Como se recordará, Murnau es el metteur en scène de «Sunrise», «The Last Laugh» y «Los cuatro diablos».

Estimulado por ciertas lecturas sobre las islas del Sur, Murnau se dedicó a componer un argumento en el que el elemento principal era el «tabú», palabra con que los indígenas de Polinesia designan lo prohibido. El «Tabú» ha servido de base a las más brillantes investigaciones psicanalíticas de Freud.

Después de visitar más de treinta islas del archipiélago de la Sociedad, Murnau descubrió la minúscula isla de Bora Bora, situada a trescientas millas de Tahití, lejos del influjo de la civilización y de sus males.

Al frente de la bahía de esta moderna Arcadia de Bora Bora, Murnau vió, alzándose a poca distancia, una isleta de reducidísima área, coronada por una montaña de color oscuro, enhiesta y amenazadora. En la playa que rodea a esta montaña, más bien roca, construyó una choza, en la que estableció su cuartel general. En la mayor parte de las es-

cenar románticas de la cinta, puede verse esta isla.

Hasta bastante tiempo después de haberse establecido en la isleta no supo Murnau que se llamaba «Monte Tabú». Las tradiciones de Bora Bora y sus leyendas aseguran que, hace muchos siglos, cuando las razas civilizadas no habían llegado aún al archipiélago, los jefes de las islas solían reunirse en la de Monte Tabú para celebrar sus consejos de guerra y deliberar sobre toda suerte de problemas religiosos.

El resultado de la expedición de Murnau es una de las películas más notables que se han filmado hasta la fecha.

La protección de las estrellas

W. A. Mac Dowell, el hombre más paciente de Hollywood, se entrevista con unas seiscientas personas diariamente. La mitad de ellas hacen siempre las mismas preguntas, y todas ellas reciben la misma respuesta, invariablemente cortés y concisa.

Mac Dowell lo siente mucho, muchísimo, pero es imposible admitir a los visitantes en el estudio. Estos serán cerrados para todo el mundo, excepto para los que imprescindiblemente tienen que trabajar en ellos, o sean los actores y operarios de la producción. Lo siente muchísimo, pero tal es el reglamento, y hay que obedecerlo. Y Mac Dowell despierta a todo el mundo con una sonrisa afable y ultracortés.

Mac Dowell es el encargado oficial de recibir a los visitantes que llegan al estudio hollywoodense de la Paramount. Su escritorio está aprisionado, con él, dentro de una a modo de jaula con tres ventanillas, y se enfrenta directamente con la entrada del estudio. Dos puertas interiores, que el propio Mac Dowell abre y cierra mediante contactos eléctricos,

admiten a los privilegiados a los misterios del estudio.

El escritorio de Mac Dowell es, en cierto modo, el cuartel general del estado mayor estratégico del estudio. En él hay dos teléfonos y un dictáfono, ocupados la mayor parte del día, y en comunicación con casi todos los departamentos del estudio. Entre los deberes de Mac Dowell se incluyen los de dirigir un enjambre de muchachos de recados, orientar a los visitantes que tienen derecho a entrar en algún determinado departamento, contestar a preguntas de todos los matices posibles y despedir cortésmente a los visitantes, a quienes solamente la curiosidad lleva al estudio.

Uno de los mayores contingentes de visitantes consiste en escritores profesionales, que tratan de vender argumentos. Diariamente llegan unos veinte o treinta de ellos, jóvenes y viejos, todos ellos más o menos seguros de que al cabo han de lograr satisfacer sus ambiciones. Desde luego que al estudio acuden también los inevitables vendedores de libros, de aparatos de radio, etc., etc.

Las amas de casa, a quienes el vendedor de barredoras automáticas o de suscripciones a plazos interrumpe media docena de veces al día, podrán apreciar en todo su valor el carácter altruista de la misión de Mac Dowell, cuyas tribulaciones centuplican la de no pocos mártires.

«A veces—confiesa Mac Dowell—, me siento rendido de mi labor. Hay gentes que se imaginan que tengo motivos personales para negarles la entrada en el estudio y presienten que, de no ser por mí, Ruth Chatterton se apresuraría a recibirles y a obsequiarles. La verdad del caso es que, si yo permitiera la entrada a cuantos vienen a ver a Jack Oakie, por ejemplo, éste no tendría tiempo ni para afeitarse.»



Matahi,
el actor de «Tabú».

Reri,
la estrella de «Tabú».

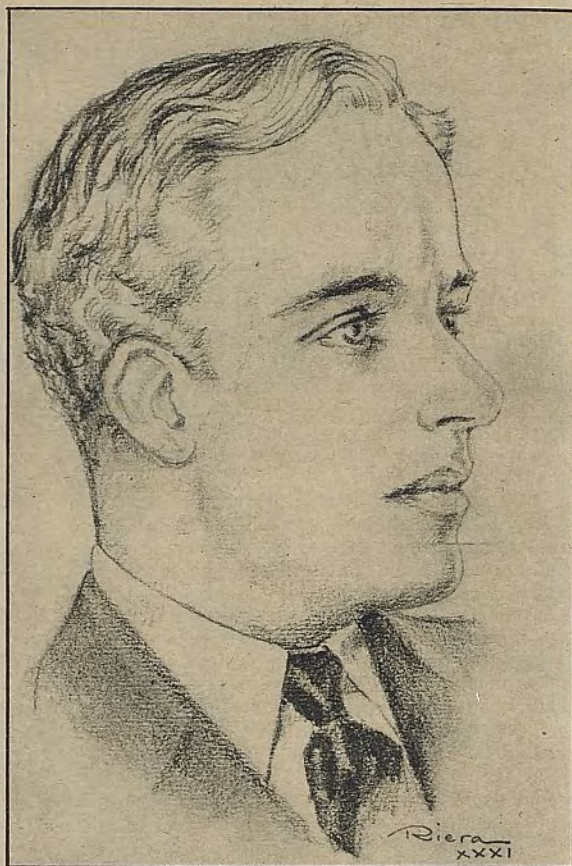
CHARLIE CHAPLIN DICE QUE EL HUMOR DEBE SER EXPONTÁNEO

CHARLES SPENCER CHAPLIN, consecuente con sus teorías, según las cuales el cine es una manifestación del arte, ha gastado un millón y medio de dólares de su propio dinero, empleando tres años de su trabajo en «Las luces de la ciudad», la primera gran producción sin diálogo que se ha hecho en Hollywood desde el advenimiento de los films parlantes. En ella, como es sabido, no se oye voz humana alguna, pues ni Charlot, ni Harry Myers, ni Virginia Cherrill pronuncian ninguna palabra, si bien la película está sincronizada con música y hay algunos efectos sonoros que forman parte de las escenas de mayor comicidad.

Chaplin expresa la opinión de que las películas habladas son una forma inferior del arte, si es que puede llamárselas arte, y que considera el arte de la mímica demasiado importante para ser dejado de lado por cualquier sistema mecánico. Se muestra indiferente al hecho de que la industria cinematográfica, la tercera en importancia de Norteamérica, produzca con la única excepción de él mismo, solamente películas parlantes. Tiene la seguridad que después de las exhibiciones de «Las luces de la ciudad» esta industria cambiará de orientación y empezará a producir tantos films no dialogados, que al menos un 40 por 100 de las películas subsiguientes serán, como la de Chaplin, sonoras, pero no habladas. En otros términos, cree que los films parlantes son muy adecuados para ciertos argumentos, para ciertos cantantes y otros artistas, pero que no son películas en el estricto sentido cinematográfico, y que las auténticas películas y los films parlantes se exhibirán en igual número y en competencia. Su resolución de filmar «Las luces de la ciudad» sin diálogo alguno fué tomada durante el mismo mes en que las más importantes editoras cinematográficas anunciaban que iban a seguir las huellas de Warner Brothers y de la Fox, dedicándose exclusivamente a las películas habladas. Su decisión fué, pues, tomada fríamente, con aguda visión y racionalmente después de investigar mucho y de muchas deliberaciones. Su anterior experiencia teatral le hubiera permitido

hablar si lo deseaba, hubiera podido escribir un argumento dramático, en el cual hubiesen hablado todos los personajes, menos el que él debiese encarnar; podía haber hecho versiones de la película en lenguas extranjeras, pues habla varias de ellas. No obstante, dejó de lado todas estas alternativas y decidió continuar haciendo lo de siempre, mantener la actitud tomada.

No dejó de pesar, naturalmente, en su ánimo la consideración de los distintos mercados mundiales que los films hablados en inglés han perdido para la cinematografía americana, y la de que exhibiendo su película internacionalmente podría, en cambio, realizar grandes beneficios, puesto que su nombre va a la cabeza de todos los astros de la pantalla. Tampoco dejó de pensar en los centenares de miles de sordos que no pueden disfrutar de las películas parlantes y que le han escrito recomendándole que no abandone el cine mudo. Y, además, en esta época en que gente como Mary Pickford y Sidney Kent, director general de la Paramount, han llamado la atención de la industria cinematográfica sobre el hecho de que los temas artificiosos y complicados diálogos de las películas habladas alejan a los niños del cine, Chaplin debe haber tenido en cuenta que sus «Luces de la ciudad», ofreciendo la simple elocuencia de la mímica pura y de la comedia elemental, tendrían un especial atractivo para los muchachos. En lengua llana, no estaba tan equivocado como a primera vista podría parecer. Los síntomas son de que el silencio es de oro todavía. A juzgar por los contratos firmados anticipadamente, «Las luces de la ciudad» rendirán más de lo que haya rendido película alguna hasta ahora. En otras palabras, existe un curioso paralelo entre lo que

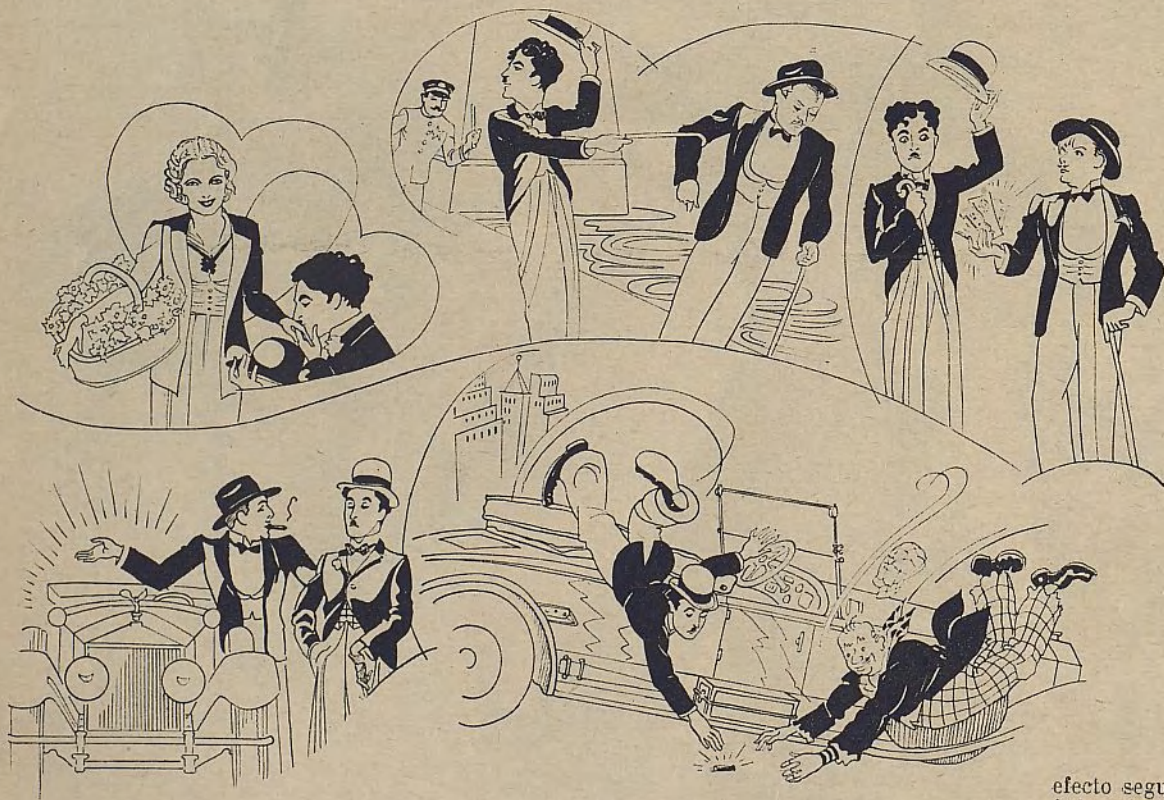


las «Luces de la ciudad» representa para las películas mudas y lo que «El cantor de jazz» representó para las habladas. Como ha dicho Robert E. Sherwood: «Como película muda producirá por su novedad mucho dinero.»

Hace siete años que Charlie Chaplin publicó en el «Adelphi» un artículo por él firmado, con este título: «¿Sabe bien el público lo que quiere?», que ofrece hoy un interés actual, tanto porque se está exhibiendo su nueva película en varias capitales, como por ser poco conocidos los comentarios que en él se hacen.

«Francamente» escribió entonces Chaplin, «no creo que el público sepa muy bien lo que quiere; esta es la conclusión que saco de mi propia experiencia. No existía en la imaginación del público el deseo de ver el personaje que he caracterizado en tantas películas y a través de tantas situaciones hasta que se reveló ante él este personaje. Antes de que el público lo aceptase, tuve sobrados motivos de descorazonarme.» No obstante su Charlot le conquistó fama universal cuando aún trabajaba con el único afán de ganar un sueldo, sin responsabilidad ninguna y haciendo comedia pura. Desde que se dió cuenta de su real popularidad, su trabajo fué más estudiado, menos espontáneo. «Desde entonces, por lo menos desde el momento en que sentí que tenía una reputación que conservar, mi trabajo fué bastante mejorado, pero en cambio fué ya más estudiado. Anhelaba complacer al público, tan bueno para mí. Debía darle trucos cómicos de

efecto seguro, o sea lo que provoca la carcajada, sin tener que ver generalmente nada con el resto de la acción ni con la verdadera trama.»



Parastalla Comica

AVENTURAS DE POLITO QUISQUILLA

Se lo disputan las empresas

DESNUDO de barbas postizas el rostro de Polito—rostro que habrían envidiado el mismo Apolo, Narciso y Antinoo—cayeron sobre nuestro héroe las empresas cinematográficas, disputándose su adquisición en furibunda competencia.

¡Ahí es nada adquirir un galán de las dotes físicas de Polito Quisquilla, un galán al que no le falta siquiera la cualidad excelente de ser necio perdido, tonto de remate!

Las «estrellas», damitas y vampiresas de los distintos estudios hollywoodenses estaban a la expectativa de las gestiones de sus empresas acerca del hombre más guapo del mundo. La que más y la que menos soñaba ya con tener como galán de su próximo film a este dechado de perfecciones. ¡Oh, el encanto del beso y del abrazo con un galán como Polito!

En la lucha por la adquisición de tal alhaja tenía que salir triunfante una de las editoras de películas y esta suerte le correspondió nada menos que a la «Bronconeumonía-film-Corporation», que le arrancó a Polito un contrato por cinco años renovables a razón de veinticinco mil dólares semanales, ni un céntimo menos.

No había tiempo que perder, y a los dos días ya estaba Polito en el estudio dispuesto a actuar ante la cámara. La célebre vampa Mary

cluso en el asesinato. En fin, que se armó la marimorena.

Al film se le puso el título provisional—que acaso quede como definitivo—de «Un beso en do-re-mi-fa-sol». Y con un beso en clave de fa empezaba la cinta, sonora, por supuesto. Pero Polito hizo fu de buenas a primeras. Ni en fa ni en sol sabía besar el infeliz.

Ante esta contrariedad, Mary Morena se



más que ensuciarme la cara. Se besa así, ¡torpín!

Le agarró la cabeza y le encendió la boca a besos, mordiéndole los labios hasta hacerlos sangrar.

Se hallaba la pareja en un rincón del «set» cuando un tipo mal encarado, que llevaba cubierta la parte inferior de la cara con un pañuelo, los sorprendió pistola en mano. Polito, creyendo que se trataba de una escena de la película, no se alarmó, pero al observar que la «estrella» lanzaba un grito y echaba a correr, se puso a temblar como un azogado.

El desconocido le obligó a seguirle, conduciéndolo a una casucha de las afueras, donde lo dejó bajo llave, sin decirle palabra.

Polito se creyó solo, pero cual no sería su asombro al ver aparecer a una de sus perse-



llevó aparte a Polito con intención de instruirlo en la pedagogía del beso, de cuya ciencia era maestra superior Mary Morena.

Con una paciencia benedictina, la famosa estrella empezó a dar a su tímido discípulo lecciones prácticas del beso, acompañadas de explicaciones teóricas.

—¿Tú no has tenido nunca novia?—preguntó Mary a Polito.

—Nunca. Las chicas de mi pueblo no me gustaban.

—Y yo, ¿te gusto?

—Un rato largo—replicó Polito bajando los ojos ruborosamente y sintiéndose arder las mejillas de vergüenza.

—Pues si te gusto como dices, ¿por qué no te aprovechas y me comes a besos?

Polito se abalanzó atropellado y torpemente sobre su apetitosa profesora y empezó a besuquearla con tan poco arte que le cubrió el rostro de babas.

Mary, exclamó indignada:

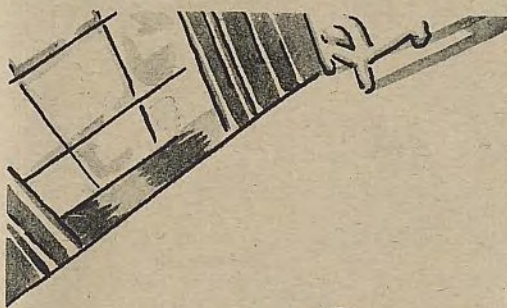
—¡Qué asquito de hombre! No has hecho



guiñóras—la fascista—que le dijo con un tono apasionado que le puso los pelos de punta:

—¡Al fin solos!

CELULOIDE



Morena fué la designada para interpretar el principal papel femenino como oponente al nuevo galán. No cabía en su piel de gozo. Sus compañeras la envidiaban, y alguna pensó in-



LA FRUTA AMARGA



(Servicio exclusivo de POPULAR FILM)

La prensa hispanoamericana revela un profundo desconcierto y una desconso-ladora desorientación al juzgar las películas parlantes. En parte este hecho explicable por la incapacidad en que se encuentran muchos de los antiguos gacetilleros de películas para apreciar al nuevo actor, la nueva técnica, el diálogo, y sobre todo para atisbar las posibilidades de este arte que deviene.

El caso es más ostensible en películas como «La fruta amarga», en las que se mezclan elementos de valía procedentes del teatro con las nuevas figuras creadas por el cinematógrafo hispanoparlante. Antes de ocuparnos de la película, será bien discurrir algo sobre puntos que no por ser viejos, y acaso muy sabidos, orientan la crítica general.

El primero de ellos es indudablemente la excelencia que pueden significar las vulgaridades. Después de todo, se escribe y se filma para el público. Si hay algún arte esencialmente popular es el cine, que en este sentido tiene que buscar en las catedrales del medioevo su estirpe y sus precedentes. Los espectadores contribuyen indudablemente en mayor proporción que el público teatral a la realización de la obra.

En segundo lugar no siempre son miopía y cerrazón intelectual el dejar muchos defectos de las obras juzgadas en una discreta penumbra. Es mucho más fácil censurar que hacer elogios con cierta originalidad.

En «La fruta amarga» ha debutado como artista cinematográfica la celebrada actriz mejicana Virginia Fábregas, frente a Juan de Landa, el actor que hiciera de Butch la figura más resaltante en «El presidio». Se trata de una película de argumento muy americano; de fondo grotesco hasta la dramática, y cuyos personajes y acción requieren extraordinario dinamismo. En inglés la filmó la célebre pareja Marie Dressler, Wallace Beery. La versión española ha transformado un tanto el argumento para favorecer a la señora Fábregas, cuya edad y temperamento difieren considerablemente del arte bufo en que se distingue Marie Dressler. Desgraciadamente el director de la versión española no comprendió en absoluto que la obra es fundamentalmente un alarde de dinamismo y de fuerza y así el ritmo que imprimió a la película resulta lentísimo, y hay momentos en que parece que las escenas se han filmado por partes. La pelea, por ejemplo, da la sensación de ser una taracea de celuloide. Pero la excelente interpretación de dos actores, Juan de Landa y María Luz Callejo y la personalidad de la Fábregas, hacen que uno disculpe fácilmente esos defectos. Sólo cabe suponer el magnífico trabajo que ellos pudieron desarrollar en las manos de un director más inteligente.

Juan de Landa, en el papel de Bill, prueba una vez más que puede desarrollar el trabajo de Wallace Beery, llegando hasta el público. Nos gustó mucho más que en «El presidio». Completamente identificado con el tipo, está siempre oportuno en el gesto, naturalísimo en el movimiento y con una entonación mucho

más baja y también conveniente que la que hasta ahora le conocíamos. Cada aparición, cada frase, cada gesto de Landa fueron otras tantas carcajadas y regocijo del público. Una vez más Landa consigue «robarse la película», como se dice en Hollywood.

Virginia Fábregas se revela en la pantalla como la actriz intensamente dramática que conocíamos. De sus labios escuchamos el mejor juicio que puede resumir su actuación.

«Toda mi vida difiere de la de la protagonista, mi actuación ha estado siempre enmarcada en la comedia fina o el drama, no podré hacer los tipos de la Dressler, porque ni los siento ni son los que me corresponden.»

María Luz Callejo ha sido una revelación maravillosa. Chiquilla de linda figura es la más completa de nuestras actrices jóvenes. Su trabajo gustará muchísimo. Pena, muy discreto en su papel. Hay efectos de luz bastante buenos, sobre todo cuando Min está a punto de ahogarse. El diálogo mejor que otras veces.

FERNANDO RONDÓN



Juan de Landa,
que toma parte en
«La fruta amar-
ga», con Virginia
Fábregas, y cuyo
actor recordarán
todos como alma-
ravilloso Butch
de «El Presidio».

7-299

Un cuarto de siglo de vida y sueño

por ALFRED BEIERLE

El excelente actor alemán Alfred Beierle acaba de celebrar sus bodas de plata con el teatro. Dentro de poco el público internacional tendrá ocasión de admirarle en la nueva producción sonora de la Ufa, dirigida por el productor Alfred Zeisler, "El retraso del tren expreso".

VIENTICINCO años—un cuarto de siglo—de vida paradójica, de ficción, de autoironía, de éxitos y también, hay que ser franco en la hora de las confesiones, de algunos pasos en falso.

Es el momento de detenerse y echar una ojeada sobre el panorama del pasado. Ciertas alturas se destacan en el conjunto del pretérito paisaje como para hacernos más fácil el recuerdo de la ruta recorrida y de sus jornadas más importantes.

En primer lugar la decisión inicial que me llevó a abrazar el arte dramático como profesión después de haber estudiado en la Escuela de Declamación de Max Reinhardt, bajo los consejos de Milán y Steinrück, ambos arrebatados prematuramente por la muerte, pero inmortales en el recuerdo del público y, sobre todo, en el de aquellos que tuvimos la suerte de ser sus discípulos.

En segundo lugar las primeras impresiones fuertes dejadas en mi espíritu por algunas obras maestras de la literatura, Andrejew, sobre todo, pero también Jack London, Traven y Stefan Zweig. Como lector de las obras de estos autores he obtenido del público, en casi todas las ciudades de Alemania, consagraciones que estimo en tanto, por lo menos, como los aplausos conquistados en la escena.

En tercer lugar coloco mi contacto con el micrófono de la radiodifusión y en cuarto mi contacto con el micrófono del cine sonoro. Bajo la impresión, y las consecuencias, de este contacto me encuentro todavía ahora... y quién sabe hasta cuándo.

Mi entrada en la cinematografía sonora es obra del productor y director de escena Alfred Zeisler. Después de oírme un día recitar «El secreto de las mujeres», de Eulenberg, me propuso a rajatablas un papel en la primera película policíaca sonora de la Ufa «El disparo en el taller». Acepté—nunca fué la frase más exacta—con los ojos cerrados. Ibamos a ver lo que ocurría.

Ocurrió que, de momento, el trabajo para la pantalla sonora tenía para mí algo de alucinante. Verme—y oírme—en la pantalla y saber que otros me verían—y oírían—en Leipzig, en Berlín, en Colonia, mientras yo, por ejemplo, trabajaría en París, era cosa que se me aparecía un poco como historia de duendes. Pero uno se acostumbra a todo y aquí me tienen ustedes trabajando en un nuevo film sonoro de la Ufa, pasádome los días, y parte de las noches, en *tren expreso* que lleva retraso y persiguiendo (nada más que como detective, aun que dicho sea entre nosotros preferiría que la persecución se inspirara en otros motivos) a Charlotte Susa, que es indudablemente la más bella e interesante de las criminales con que cuenta en estos momentos la cinematografía alemana. Y he aquí que estas aventuras ferroviarias coincidentes con mis bodas de plata con la escena, me recuerdan otra aventura ferroviaria—vívida ésta—que remonta a los comienzos de mi carrera.

Me permitiré contarla. Después de una (artísticamente) provechosa temporada en Viena, me dirigí con un buen contrato a dar una serie de representaciones en una importante ciudad del este de Alemania. El respeto que siento por la vida privada—sobre todo por la propia—me obliga a ocultar por qué motivos, al terminar la temporada, en lugar de encontrarme, como hubiera sido natural, en posesión de una bonita suma de dinero, producto de mis ahorros, no disponía siquiera de la cantidad suficiente para llegar a Berlín. Mis fondos bastaban para viajar durante un trayecto de 87 kilómetros y medio. Ni medio

kilómetro más. En vista de lo cual, y teniendo en cuenta que Berlín se encontraba a unos 150 kilómetros, decidí comprar un billete para 50 kilómetros nada más y un par de naranjas, reservándome a la vez un par de marcos a fin de no llegar a Berlín sin un céntimo, en el caso de que me dejaran llegar.

El viaje empezó mal. Cada diez kilómetros, aproximadamente, una nueva visita del revisor. A este paso habría tiempo de descubrirme diez veces antes de llegar a Berlín. Una vez agotado el trayecto recurrí a las estratagemas que en caso semejante se le hubieran ocurrido a cualquiera: pasearme por el corredor, permanecer largos ratos en los lugares más recónditos del tren (el lector, con su natural perspicacia, habrá adivinado ya a cuáles me refiero) y quedarme profundamente dormido—es un decir, pocas veces habré estado tan despierto en mi vida—en un rincón de mi compartimento. Y lo que son las cosas. Conseguí llegar a Berlín, sin ser descubierto, con mi billete para 50 kilómetros. Sólo me faltaba salir de la estación.

Se trataba, afortunadamente, de una estación—la única de Berlín—donde existe la posibilidad de trasladarse de los andenes del tráfico interurbano a los del tráfico urbano por los pasos subterráneos. Una vez conveniente-

mente situado en el andén del tráfico urbano, esperé la llegada de un tren de Potsdam (mientras tanto había ya destruido mi billete de 50 kilómetros) y confundíendome un momento entre los pasajeros me dirigí con paso firme al jefe de estación:

—He perdido mi billete...

—¿De dónde viene usted, en qué clase viaja? (El jefe de estación estaba convencido de que obtendría la respuesta consuetudinaria en casos análogos, a saber: de la estación más próxima y en tercera clase.)

Su sorpresa—y satisfacción—no conocieron límites al oír mi respuesta:

—De Potsdam (30 kilómetros) y en segunda clase.

No había duda posible. El jefe de estación tenía delante un hombre que decía la verdad. Pagué un marco cincuenta y me retiré de la presencia del digno funcionario después de agradecer un saludo rebosante de admiración. Así llegué a Berlín, por vez primera... y hasta hoy, en que celebro mis bodas de plata en un tren—donde nadie se toma la molestia si quiera de pedirme el billete.

Y ahora, para terminar, delataré de qué modo me gustaría celebrar mi primer cuarto de siglo de teatro (y de pantalla): con la interpretación de una película a base de un argumento de Jack London. A no ser que lo celebre con un papel en la primera película sonora en colores de la Ufa...

Pero temo haber dicho ya demasiado.

EL HERMANO DE JACKIE COOGAN

Las páginas de la historia han vuelto diez años atrás.

Jackie Coogan, luego de haberse captado la admiración de todos los públicos del mundo entero, vuelve a vivir en la pantalla los días inolvidables de la película «The Kid», hecha cuando Jackie contaba cinco años de edad.

Claro está que no se trata de Jackie en persona, pues el famoso actor juvenil cuanta ahora diez y seis años de edad.

El nuevo Jackie es nada menos que su hermano, Robert Coogan.

Robert tiene ahora cinco años, o sea exactamente la edad que tenía Jackie cuando debutó en la pantalla, con Charlie Chaplin.

Robert debuta en el importantísimo papel de Sooky, el amigo inseparable de Skippy. El papel de Skippy lo asume Jackie Cooper, otro de los actores infantiles de la Paramount. La película está basada en los dibujos del genial caricaturista Percy Crosby.

El más juvenil de todos los miembros de la familia Coogan se parece muchísimo al actor de «The Kid». Algunos aseguran que se parecen como dos gotas de agua. Los ciudadanos de Hollywood no pueden contener un estremecimiento de sorpresa al notar la semejanza que existe entre el Robert de hoy y el Jackie de hace diez años.

Los mismos ojazos ingenuos, muy abiertos, cual si estuvieran abarcando el horizonte entero, en una mirada ávida e insaciable.

El mismo gesto de melancolía en sus labios.

Un gesto que parece como si expresara que su dueño acaba de escuchar todos los sermones de una nación entera de pedagogos, a quines es preciso burlar al menor descuido.

Sooky, tal como Crosby lo presenta en sus dibujos, es un chiquillo muy semejante al Jackie de hace años, al de la película de Chaplin. Sooky es, en los dibujos, un desheredado de la fortuna, a quien todos se apresuran a maltratar de palabra, y aun a veces de obra, en las calles de su vagabundaje habitual. Sooky vive en una misera choza, al otro lado de la vía, no lejos de la casa de Skippy, el hijo del prominente cacique del pueblo en que se desarrolla la acción.

Robert, vestido lo más desastrosamente posible, con un jersey que le llega a las rodillas, y la gorra caída sobre una oreja y buena parte del hombro correspondiente, se parece a Jackie como las niñas de los ojos.

Si Jackie Coogan hubiera hablado en la pantalla, cuando hizo su debut, hubiera hablado exactamente lo mismo que Robert habla ahora. Así, por lo menos, lo asegura la familia Coogan, y nadie debe saberlo mejor que ellos.

“HOLLYWOOD REPORTER” HABLA DE “KIKI”

He aquí los términos en que se expresa el «Hollywood Reporter» acerca del último film de Mary Pickford, «Kiki».

«Con el nombre de Mary que les llena el teatro y una película que satisface al público los empresarios pueden sentarse tranquilamente en una butaca y reír a su gusto viendo la película también. Y a fe que hay mucho de que reír. Las carcajadas menudean. La interpretación de Mary Pickford es deliciosa. Ella da vitalidad y frescor al papel de la vehemente corista que quiere alejar al empresario de su ex esposa. El director Sam Taylor ha manejado muy bien el asunto y ha sabido sacar partido de todas las situaciones cómicas. La escena del teatro en que «Kiki» hace por poco fracasar la representación, es digna de mencionar especialmente. Es magnífica. Todos los intérpretes actúan espléndidamente. Reginald Denny aumentará el número de sus admiradores gracias a su interpretación del papel de Randall. «Kiki» es una película muy divertida para grandes y chicos.»

Las representaciones de «Kiki» están llamadas a tener por lo menos tanto éxito como la dada en el teatro Strand, Yonkers, que motiva este comentario.

Academia Claret

FUNDADA EN 1873

FERNANDO, 24-26, 1.º

Teléfono 16878

Director: D. Manuel Claret Calvo
Perito Profesor Mercantil

*

Enseñanza integral de las
asignaturas de la carrera prác-
tica de Comercio e Idiomas.

Clases especiales para se-
ñoritas.

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

(UNITED ARTISTS)

presentarán

a

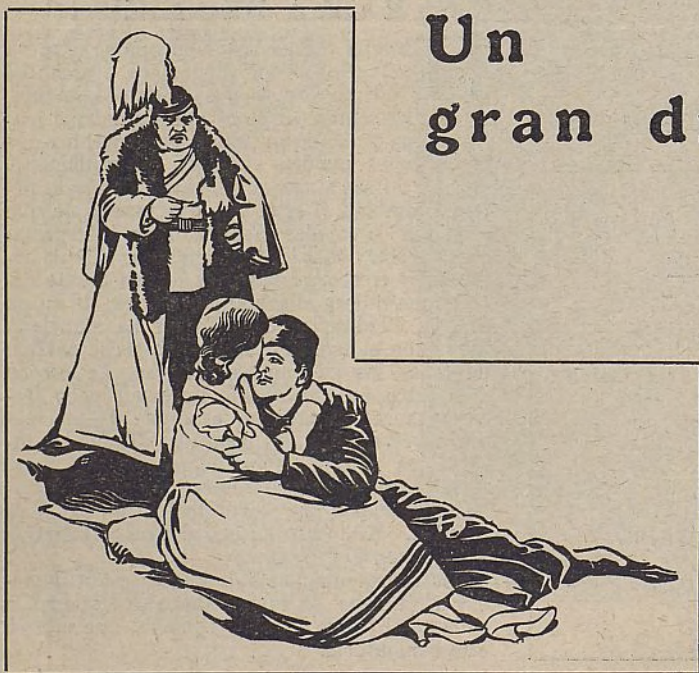


con

CAMILA HORN y LUIS WOLHEIM

en la superproducción sonora de Sam Taylor

TEMPESTAD

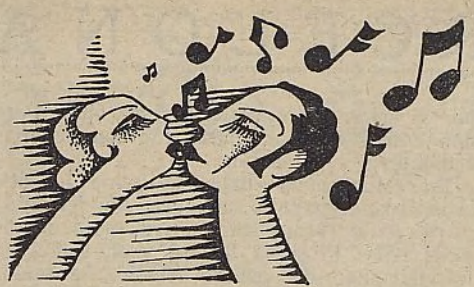


Un
gran drama

Un
gran amor

Un
gran artista

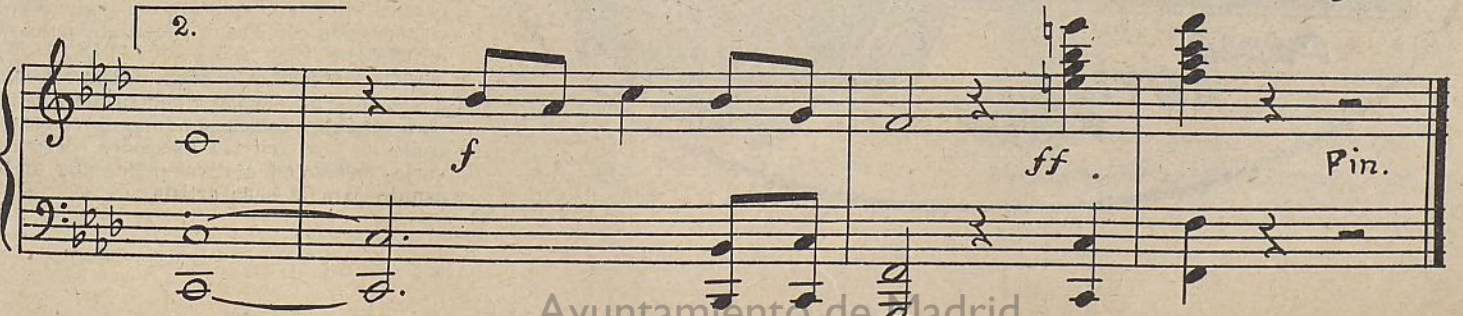
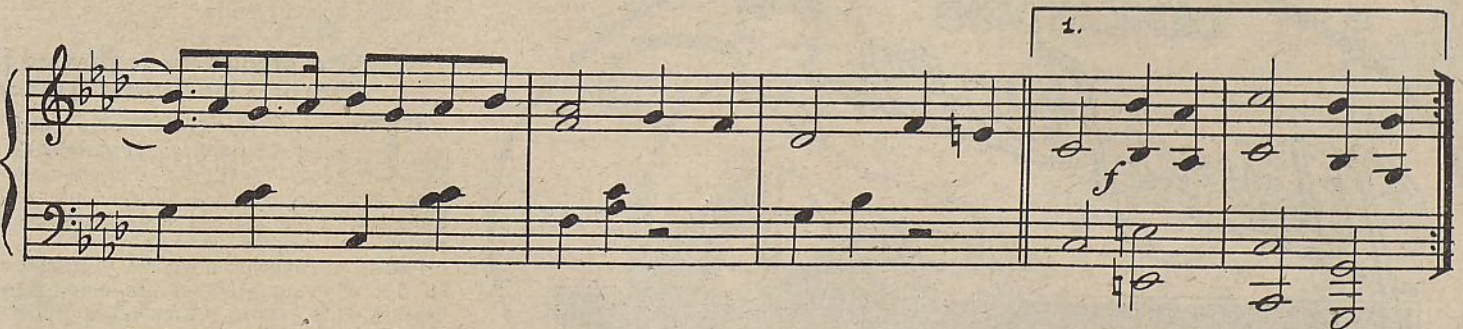
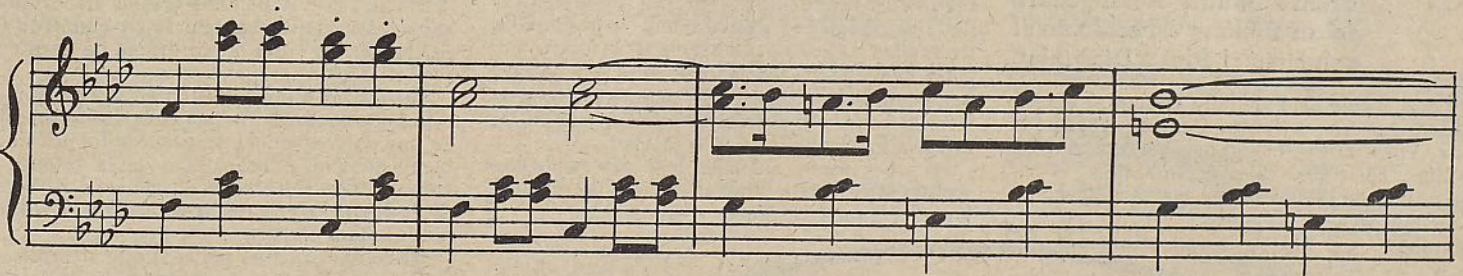
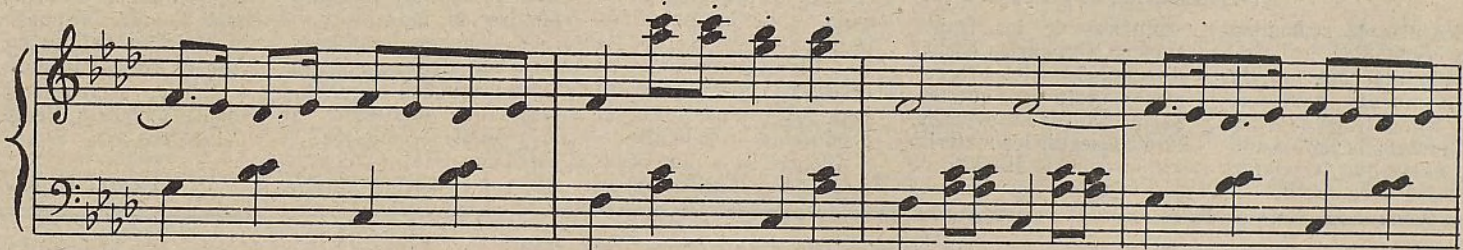
• POPULAR FILM •



peso kilométrico

Fox-trot. - Por Wifredo Castañer.

A Greta Garbo, con admiración.



PANTALLAS DE BARCELONA

ESTRENOS

Kursaal: "El express azul" y "Liliom"

"STUDIO CINAES" presentó en su última sesión del Kursaal dos films que requieren más espacio y tiempo que el que permiten las prisas de ajuste de una última hora. Son esos films, «El express azul», de la Sowkino, de Moscú, y «Liliom», de la Fox.

El primero, realizado por Ilja Trauberg, tiene esa trascendencia social, esa finalidad que podríamos llamar pedagógico-revolucionaria que caracteriza el cinema soviético. Pero a esta consigna de utilización del cine como propaganda político-social, hay que añadir sus valores puramente cinematográficos: ritmo dinámico, denso dramatismo, perfecto acoplamiento de masas, nitidez fotográfica, técnica modernista y original.

Toda la acción, viva y henchida de humanidad, se desarrolla en los diferentes vagones de un tren, de cuya dirección se apoderan los esclavos sublevados contra el capitalismo opresor, que lo conducen en marcha vertiginosa hacia el sur de China, donde se unirán a las tropas rojas.

«Liliom» acusa el estilo peculiar de Frank Borzage, su realizador: acción lenta, grises brillantes, gusto refinado por el detalle artístico. Adaptado de una farsa teatral de Molnar,

conserva su aguda sátira y su fino humorismo.

Es obra de difícil adaptación, muy bien conducida por el director. M. S.

Coliseum: "Montecarlo"

OPERA de Ernest Lubitsch, ambiente mundano, con la figura principal de Jeanette Mac Donald.

Estos datos, aunque en esquema, se bastan

por sí solos para prestigiar esta obra. Pero añadiremos algunas líneas que completen el comentario y el elogio.

En «Montecarlo» halla la divina Jeanette el marco adecuado a su figura, tan femenina y atrayente. Todos son motivos para que la gran actriz luzca su belleza y su arte. Lubitsch, mago del género frívolo, ha tenido el acierto de presentar a Jeanette Mac Donald en varias escenas que la obligan a la «deshabillé». Y ya es sabido que no hay modo de resistirse al encanto de esta artista en esos semidesnudos en que triunfa su cuerpo suavemente estremecido de caricias imaginarias.

Hay finos detalles de psicólogo, matices delicados de realización, escenas resueltas con gracia suprema; todo cuanto es capaz de lograr un talento tan dúctil como el de Lubitsch y una sensibilidad tan hesperestesiada como la de Jeanette Mac Donald.

La música es brillante, las canciones alegres—por el tono y la picardía—. Cantadas por Jeanette, admirablemente acompañadas en algunas por Jack Buchanan—que crea un tipo delicioso—, aumentan su valor lírico.

«Montecarlo» constituye un triunfo legítimo de la Paramount.

GAZET

NOTA.—El haberse aplazado hasta el martes—día del cierre de nuestra revista—el estreno de «Wu-Li-Chang», de la M.-G.-M., nos impide comentarlo. Pero como es film de duración en el cartel, lo haremos sin tanta premura en el número próximo.

Nuestra Portada

Anita Page, espléndida y sazonada belleza de los estudios M.-G.-M., se asoma a la portada de este número, para embellecerlo y prestigiarlo.

Anita Page, bonita y gentil, es hoy nuestro heraldo.

El tesoro de "Mamá Coulter"

(Continuación de las págs. 2 y 3)

en los días de la dominación española; o cómo cierta familia conservó, durante muchas generaciones, aquel traje de boda, legándose de padres a hijos, hasta que la pobreza los forzó a venderlo.

Muchos de los trajes, empero, son copias hechas directamente del original por las costureras que trabajan bajo sus órdenes. Para conseguir los materiales apropiados al estilo de los vestidos, los famosos

«exploradores» de la Metro Goldwyn Mayer han recorrido los pequeños almacenes de innumerables pueblecitos y ciudades. Otros trajes viejos se descosen y se rehacen, para volver a usarlos en la producción de películas.

Además de la pintoresca tarea de escudriñar en el

pasado en busca de estilos olvidados, «Mamá Coulter» tiene a su cargo la manufactura de modelos para las películas modernas. Bajo su vigilancia se fabrican aquellos exquisitos trajes que admiramos en la pantalla—como los de «Madame Satán»—diseñados por el célebre Adrián.

«Mamá Coulter», garbosa, fresca y ligera como un pájaro a pesar de sus años, está siempre dispuesta a mostrar su valiosa colección de trajes antiguos, y a charlar acerca de «los viejos y felices tiempos» del teatro.

CONCHITA URQUIZA

NOTICIARIO

Pronto Nueva York gozará de un sublime espectáculo al exhibirse el film "Dirigible"

EL día 4 de abril del año en curso, tendrá lugar en el Teatro Central, de Nueva York, la exhibición privada, que durará dos días, del colosal film de Columbia, «Dirigible», una de las joyas que marcará época en la cinematografía.

El famoso trío Frank Capra, Jack Holt y Ralph Graves se volvieron a juntar en esta película verdaderamente extraordinaria. Frank Capra como director y Jack Holt y Ralph Graves, los populares «camaradas» de la pantalla tienen los papeles principales en la obra.

La dama joven es la bellísima Fay Wray, que demuestra una vez más cuánto puede realizar la belleza y el talento unidos, cuando la historia es también de alta calidad.

En el reparto, además hay actores como Hobart Bosworth, Harold Goodwin, Roscoe Karns y Clarence Muse.

Esta película, que marca la ambición mayor de la compañía Columbia para la presente temporada, ha sido filmada con la cooperación de la Marina de los Estados Unidos Departamental de Anacostia, Lakehurst en San Diego de California. Se trata de un drama de gran emoción Aeronáutica.

«Dirigible» fué producido en la Estación Nacional, donde, para aliviar la acción dramática, se han introducido interesantes toques de comedia que no alteran en nada la intensa acción emotiva del drama en general. Alrededor de la historia y como base central de la misma, el amor impera...

«Dirigible» es una película que siempre será recordada. Y que seguramente el público gustará de ver más de una vez. Tan extraordinariamente buena resulta.

Otra producción de Howard Hughes para los Artistas Asociados

THE AGE FOR LOVE («La edad del amor») basada en la novela de Ernest Pascal, ha sido seleccionada para ser la primera película que interpretará Billie Dove como estrella de Los Artistas Asociados.

Pascal, el conocido novelista y dramaturgo, ha sido contratado por el productor Howard Hughes, que, realizó «Ángeles del Infierno», para escribir la adaptación cinematográfica en colaboración con Frank Lloyd que actuará de director.

«The Age for Love» es un drama romántico, moderno. Fué elegido como primera película para ser interpretada por Billie Dove como estrella de Los Artistas Asociados, después de varios meses de tentativas para hallar un buen asunto para la bella artista.



Sevilla de mis amores

Producción en español de la M.-G.-M.,
con Ramón Navarro de director y es-
trella. - Relato de Carmen de Pinillos.

(Continuación)

—Todo el mundo quiere saber más de mí que yo mismo!
—Yo sé muy bien lo que pienso, y sé muy bien lo que
siento!... Y tú, ¿qué haces aquí? —Esto a María, que
acababa de entrar al estudio.
—Creí que te habías acostado hace muchísimo rato—
murmuró ella.
—No, he estado pensando—repuso él con desagrado.
—¿Pensando?
—Sí... acerca de ti y de otras cosas. Ven aquí.
—Es muy tarde, Juan.
—¿Qué más da, y quién eres tú para decirme lo que
vete a acostar. No ven a mi vera. Siéntate.
La joven, dócilmente, seguía todas sus indicaciones.
—María Consuelo, dime, ¿qué te pareció esta tarde?
—Te veía más guapo!
—Niña, no hablo de mi figura, hablo de mi voz.
—¿Cómo salió mi canto?
—A mí... a mí me gustó.
Juan se palmeó violentamente la pierna.
—¡Ya lo ves! No sabes mentir. ¡Salió malísimo!
—No digas eso, Juan. A mí me gustó mucho.
—Tal vez a ti; pero no a esos tíos... Algo tengo yo
que no anda bien. El Fulano aquel dice que no tengo
corazón... ¡María!—exclamó levantándose de un salto.
—Quizá no lo tenía antes de conocerte... pero ahora,
¡mirame! —Se arrodilló a sus pies. — ¡Te quiero, Ma-
ría! Te he querido desde el momento que te vi la pri-
mera vez... Y tú, ¿me quieres?
Un delicioso suspiro de felicidad fue su única res-
puesta, mientras él la estrechaba tiernamente en sus
brazos, cubriendo su rostro de besos.
—María Consuelo, el empresario tenía razón. No tengo
corazón... tú lo tienes enterito. Dijo también el in-
dino: «Tiene que sangrarte el corazón.» María, mi
corazón es tuyo... ¿harás tú sangrar mi corazón?
—¡Dios me libre!
—¿Aunque yo te lo rogara?
—Aunque.
—¡Más mona eres! ¡María Consuelo, siempre he es-
tado chalafo por ti, vida mía!
—¡Ay, Juan, qué feliz soy! ¡Qué feliz, Dios mío!
Conversaron unos momentos más, con las manos en-
lazadas, haciendo planes para el porvenir. El reloj dio
la hora; y, sorprendidos, se despidieron para soñar
cada cual con su felicidad.
A la mañana siguiente, Esteban salió, con aire de
misterio, a ver al director del Teatro Real de la ópera.
Una hora después, Juan y María salieron juntos; y
la Rumberita, que los abordó a la puerta, los encontró
tan reticentes como Juan había encontrado a Esteban.
—¿Te parece que está bien hecho?—preguntó María a
Juan, cuando se hubieron alejado un poco.
—¿Estás segura de que quieres casarte conmigo? Eso
es lo importante.
—Por supuesto que sí—repuso ella.
—Entonces, tenemos que ver al párroco, lo primero
—explicó él—. Tienen que correr las amonestaciones an-
tes de que nos casemos.
Era la primera vez que Juan entraba a la catedral.
La atmósfera grandiosa del templo le produjo un sen-
timiento de íntima satisfacción. Terminada la misa,
dejó a María en la iglesia y fue en busca del cura de
la parroquia.

El sacerdote con quien Juan necesitaba entenderse era
un viejecito de rostro surcado por las arrugas y un
poco tardo de oído. Juan no tuvo dificultad alguna,
sin embargo, hasta que el cura le preguntó su nombre.
Por primera vez le ocurrió entonces que Juan de Dios
no era suficiente.
—¿Cómo te llamas, hijo?
—Juan de Dios.
—¿Juan de Dios qué?
—¡Ah! Juan de Dios...
—Tu apellido, hijo, tu apellido. El nombre de la no-
via es María Consuelo Vargas, dices. Ahora el tuyo:
¿Juan de Dios qué?
—¡Ah, el apellido!
—Sí, hombre, tu apellido—repitió el cura, con la plu-
ma en alto.
—Juan de Dios... Alonzo.
—La novia, María Consuelo Vargas; el novio, Juan
de Dios Alonzo—, masculló el sacerdote, acabando por
fin de anotar la partida.
—Padre, ¿sacará usted las amonestaciones el domingo
que viene, verdad?
—Sí, y tienen que correr tres domingos consecutivos—
informó el párroco.
—¿Y luego nos podemos casar?
—Si no hay impedimento. ¿Estás seguro, hijo, de
que todo está como Dios manda?
—A se ve que sí, padre.
—Entonces, que sea enhorabuena. ¿Por qué tiembles
tanto?
—Pues mire usted, padre... es que nunca me había
casado... la pura felicidad. Y... ¿es eso todo?
—Eso es todo.
—Gracias, padre. ¡Ah! Una limosnita pá la iglesia.
—Ve con Dios, hijo mío—dijo el bondadoso párroco.
Juan besó la mano del sacerdote y se apresuró a
reunirse con María.
—Todo está arreglado, María—exclamó alegremente.
—Juan, ¿estás seguro que no hacemos nada malo?—
preguntó ella todavía.
—Como que el padre mismo me lo ha dicho—contestó
él riéndose—. Me ha dado la enhorabuena.
Detuvieronse para santiguarse en la pila de agua
bendita. —Ahora sí, María Consuelo, se acabaron los
desazones y los apuros y las penurias. ¿No ves cómo
nos sonríe la Virgencita?—dijo Juan, señalando una
estatua de Nuestra Señora.
—¿De veras?—preguntó María, abriendo tamaños
ojos.
—¡Pues que no! ¡Chiqui, ni que estuvieras ciega!
—declaró Juan. Y, santiguándose: —¡Virgen Santa, te
prometo querer a mi María con todo el corazón hasta
mi muerte, y ser siempre leal para con ella!
Inspirada por su promesa, María se santiguó a su
vez y repitió el voto: —¡Madre mía, te prometo querer
siempre a mi Juan y no abandonarle nunca... nunca!
Salieron de la catedral. Aprovechando la primera
ocasión, Juan cogió a María en sus brazos y la besó
tiernamente.
—¿Ves tú? Ya somos novios—dijo riéndose.
—¿Qué dicha!—murmuró ella, arrobada.
Dirigieronse apresuradamente a la casa, ansiosos de
sorprender a Esteban y a la Rumberita con la noti-
cia.
Caminaban muy agarraditos de la mano por la calle,
cuando un ómnibus se les adelantó. Ninguno de ellos
se dio cuenta de la conmoción creada por uno de los
pasajeros que había alcanzado a verlos. Era Lola.
Descendió ligeramente en la próxima parada y regresó
al lugar donde había divisado a Juan y su com-
pañera; pero los amantes habían desaparecido. En medio
de la decepción que le causó el haber perdido la pista,
no pudo menos que consolarse con la idea de que sus
pesquisas tenían ahora un radio definido, y que por
estos barrios los encontraría al cabo.
Tío Esteban había logrado terminar su arreglo con
el empresario, Mischa. Conversaba animadamente con
la Rumberita cuando escucharon ambos desde abajo
la voz de Juan. La vieja cantatriz hizo una guiñada a
Esteban.
—¡Ahí están, creyendo que nos van a sorprender...
como si no lo hubiéramos adivinado hace mucho rato!
—dijo ella, sonriéndose.
—¡Tío Esteban! ¡Tía Lulú!—gritaba Juan, arras-
trando a María casi en peso por las escaleras. Los
viejos salieron a la puerta a recibirlos.
—¡Señoras y caballeros de Madrid, escuchad el pre-
gón! Vais a...
—Oír las buenas nuevas del día—concluyeron ambos
al mismo tiempo.
—¿Con que lo sabíais?—exclamó Juan, estupefacto.
—Por supuesto... y la cosa se os está leyendo en la
cara. ¡Oh, Esteban, qué hermoso es ser joven y son-
rojarse así!—adelantóse y besó cariñosamente a Ma-
ría. —¡Hija mía, los parabienes. Me alegro en el
alma.
—¡Otros tres domingos y tendremos boda! anunció
Juan orgullosamente.
Tío Esteban le tendió las manos.
—¡Debería estar enojado... pero no lo estoy! ¡Déja-
me que te abrace, muchacho, y tú también, María!
La Rumberita comenzó a hacer pucheros.
—No se ponga usted a yorar ahora, tía Lulú. Seque
esas lágrimas y vévese pronto a María Consuelo a la
plaza del mercado. Vamos a tener un festín esta
noche, y eya necesita un vestido blanco... con cintas y
encajes... ¡una corona de azahares!
—¡Una corona de azahares!—murmuró María, exta-
siada.
—Tío Esteban, usted a comprar las cosas de comer...
¡y cuidao que el Tío Esteban sabe de eso!
—¿Qué tendremos?—preguntó el viejo, encandilán-
dosele los ojos.
—Lo que usted quiera.
—¿Langosta... y una boteya de vino blanco... y pi-
chón en pepitoria?

—Requetebién.
—Entre tanto, yo limpiaré la casa. Id prontito, y ya
estáis de vuelta—dijo Juan.
Dio un beso a María, empujándola hacia la puerta.
—Esperate un momento—dijo la Rumberita—. ¡Qué
día! ¡Qué día! Ahora, Esteban, dale tú la gran noti-
cia.
—¡Ah, sí, la noticia más estupenda!—exclamó Es-
teban.
—Suéltela usted, Tío Esteban, que no la dejamos
escapar.
—¡Una oportunidad para ti como nunca te la habías
soñado, hijo mío!—Detúvose y miró fijamente a Juan.
—¿Que vas a cantar esta noche el papel de Canio en
«Payasos» en el Teatro Real... y que la Reina va a
estar presente!
—¡Cáspita!—exclamó Juan, con alegre risotada.
—Nos ha avisado el empresario que el seignor Tito,
el tenor, tiene angina, y que tú vas a reemplazarlo.
—¡Toma! ¡Toma!—dijo Juan, muy satisfecho de sí
mismo—. El empresario no es tan tonto, después de
todo. Le gusté entonces, ¿eh?
Esteban tragó saliva.
—Se quedó encantado de tu voz—declaró conclusiva-
mente—. Pero tienes que prepararte en un periquete.
—Descuide usted, que me sé el papel al revés y al
derecho. Voy a quedar como las propias rosas. Me voy
a reír como nadie se ha reído y voy a yorar lágrimas
de verdad. ¡Y luego... luego tendremos la gran cele-
bración!

CAPITULO XVI

Alegre como unas castañuelas, Juan había termi-
nado de limpiar y disponer los muebles a su gusto
mientras cantaba a voz de cuello. Conque «Payasos»,
¿eh? Bueno; ya les mostraría él cómo debe cantarse
la parte de Canio. Detúvose el cómo debe cantarse
a contemplar su obra.
—¡Necesitamos algunas flores!—exclamó—. ¡Y el
vino! ¡Se me había olvidado lo más importante!
Cogiendo su sombrero, salió de carrera, resbalándose
por la barandilla de la escalera como un chico travi-
soso.
Al cabo de media hora regresaba con una garrafa
de vino al brazo y un gran ramo de flores en la otra
mano. Abrió de un puntapié la puerta del estudio y
penetró radiante... para darse cara a cara con un des-
conocido, un militar. Juan observó que llevaba el uni-
forme de capitán de caballería.
—¡Era Enrique!
El canto de Juan expiró en sus labios, cuando el
extranjero se le plantó enfrente, con los sombríos ojos
iluminados de un odio fanático.
—¿Es usted Juan de Dios?—preguntó el capitán Var-
gas con voz sorda y amenazadora.
—El mismo—respondió Juan—. ¿Y usted, señor?
—¡Soy el capitán Enrique Vargas, de la Caballería
de Su Majestad... y hermano de María Consuelo
Vargas!
Esta declaración pareció cargar el aire de electrici-
dad. Juan se quedó alelado.
—¿Dónde está mi infeliz hermana?—preguntó En-
rique, iracundo.
—Su hermana no es infeliz. Ha salido a comprar su
traje de boda. Esta noche celebramos nuestros espon-
sales—pudo Juan contestar.
—¡Gracias a Dios que llevo a tiempo!—dijo el ca-
pitán ferozmente—. Esta noche se vendrá ella conmigo
a Sevilla. Más tarde me ocuparé de usted.

Mano distinguida y bonita
se obtiene usando esmalte para las uñas

May-Wel

Perla, Ptas. 2'25, y Rosa, 1'25

VENTA EN PERFUMERÍAS

¿Quiére Vd. ser morena?

Use
afrik

May-Wel

Frasco, 5 Ptas.

VENTA EN PERFUMERÍAS

CREMA

May-Wel N.º 48

Unica en el mundo para cutis anémicos,
las picaduras de viruela y otros defectos
de la piel.

VENTA EN PERFUMERÍAS

Muestras y pedidos, J. OLIVER - Cortes, 569



ESMALTE
ROSINA

En cinco tonos:
Blanco, Rosa, Rojo, Gra-
nate y Coral. Pts. 2'00
Nácar (Novedad) » 4'00

Se vende en las mejores Perfumerías

UNITAS, S. A.

Librería, 23 - BARCELONA



—¿Qué quiere usted decir?
—Que se dé usted por muy feliz de que no lo mate ahora mismo—gruñó el otro sordamente.
Juan se echó a reír.
—¿Matarme? ¿Con esa espada tan briyante que yeva usted al cinto?
—Lo haré si usted me obliga a ello. Pero no quiero manchar más el nombre de mi hermana.
—Muy feas palabras son esas, capitán Vargas—dijo Juan en tono de censura.
—Sí; demasiado feas para que el mundo se entere de ellas. Eso es lo que le salva a usted. ¡Mire usted que verse obligado a dejar con vida a un jugador que corrompe a una niña inocente!
Horrorizado ante esta acusación, Juan retrocedió.
—Pero, ¿usted cree que yo...?
—¿Cree? ¡Lo sé! ¡Pero es preciso que la sociedad no sepa nunca que hizo usted de mi hermana una prostituta!
La sangre de Juan se le heló por un segundo en las venas. ¡La infamia de esa inculpación! Poco a poco recobró la facultad de hablar.
—Esa palabra estoy seguro que jamás la ha escuchado su hermana de usted—dijo friamente. De súbito, su amenazadora calma se disolvió en un arranque de furia apasionada. —¡Retire usted esa palabra!—rugió—. ¡Retírela usted o lo ahogo ahora mismo!
Saltó como un tigre a la garganta de Enrique y comenzó a apretar. —¡Retírela, retírela!—gritaba, estrangulándolo más y más. El capitán trataba desesperadamente de evadirse, de alcanzar su espada, sin lograr conseguirlo. El sonido de su bronca respiración comenzó a llenar la estancia.
De pronto se abrió una puerta a espaldas de Juan, y entró Lola, resplandeciente de adornos.
—¡Hola, chico!; ¿qué te pasa?—preguntó, soltando una carcajada.
Lentamente se aflojaron los dedos de Juan. Volvióse a Lola que avanzaba ondulando el cuerpo y con una maliciosa sonrisa en los labios.
—¿Conque tú eres la causante de esto?
Ella estaba muy satisfecha de su hazaña para negarlo.
—Eso mismo. Yo lo he traído a tu escondrijo. ¿Te habías figurado que te podías esconder de Lola? Pero, ¡cuidado que ha sido malo el niño! ¡Sacar de su convento a una pupila! No sé cómo no yovió fuego del cielo y te achicharró.
—Y ¿qué se te ofrece por aquí?
—He venido a buscarte, naturalmente. No creerás que una picardihuela como la que has cometido va a estorbar nuestro querer... El capitán Vargas se marcha con su hermana a Sevilla. Y luego, después que me hayas rogado mucho, veremos si te puedo perdonar.
—¡María Consuelo aquí se queda!—declaró Juan rotundamente.
—Eso lo resolverá el capitán Vargas, digo yo—declaró Lola, soltando el trapo a reír—. Y no me quieras tragar con esos ojos. Si te interesa saberlo, a mí me debes la vida. Yo le hice prometer a él que no te mataría.
—Yo quiero a María Consuelo más que a mi vida. ¡Si alguno de ustedes cree que le he tocado un cabello con mala intención, el que lo crea es un malvado!
Enrique se enderezó, frotándose el cuello.
—¿Jura usted que ningún daño le ha causado a mi hermana?—preguntó con voz quebrada.
—¡Juro que es tan pura como en el convento!
—¡Dios sea loado!—exclamó Vargas, casi sollozando.
—Nos vamos a casar dentro de cuatro semanas. Van a correr las amonestaciones en la catedral.
—Yo impediré esas amonestaciones!—dijo Enrique—. ¡Mi hermana se viene esta noche conmigo!
—¡Eso!—exclamó Lola, con una risotada.
—Yo no la dejo que se vaya... y aunque se lo mandara no se iría. ¡Nos queremos con toda el alma!
—¿Dice usted que la quiere?
—¡La quiero más que a mi vida!
—Y porque la quiere, ¿va usted a destruirla?
—¿Que yo la destruyo?—exclamó Juan estupefacto—. ¿Pero está usted en su juicio?
—¿No ve usted el daño que le ha causado y el que le va a causar? ¡Ella estaba consagrada a Dios y usted se la ha robado! Hasta el alma de mi hermana ha puesto usted en peligro. ¡Si la aborreciera usted no podría hacer cosa más cruel que retenerla aquí!
—¿Por qué dice usted eso?
—Esa palabra que dice usted que ella no conoce, la que no quería usted que yo pronunciase, ¿qué va usted a hacer cuando en todas partes se la echen a la cara?
—¡Nadie se atreverá a decirselo a mi esposa!—replicó Juan con fiereza.
—Por fortuna, sin mi consentimiento no puede usted hacerla su esposa—dijo el capitán.
—¡Ya lo veremos!—amenazó Juan.
Los dos hombres cruzaron la mirada.
—¿No comprende usted que viviendo con ella en esta casa hace usted de María Consuelo una mujer sin nombre?—dijo el capitán ardientemente, inclinándose hacia él—. Dice usted que la quiere... ¿y qué porvenir quiere usted para ella? ¿Que sea una mujer arrojada de la sociedad, una mujer liviana...

Juan le interrumpió con un gemido. Enrique comprendió que iba ganando terreno.
—¿O que sea la santa esposa de Dios a Quien estaba consagrada? ¡Decídale usted! ¿Va a devolvérsela al Señor o la va a guardar a su lado para condenarla a la perdición? ¡Déjela venir conmigo!
—¡Pero si no va a querer irse!—protestó Juan sollozando.
—Si usted la quiere, hará que se vaya—declaró Enrique con solemnidad.
Juan gemía como si se le partiera el corazón. Lola se acercó a él.
—¡Juan, déjala que se vaya!
—¡Fuera de aquí!—exclamó furioso. Lola retrocedió espantada. —¡Dejadme solo! ¡Necesito pensar!
El capitán cogió a Lola de un brazo y ambos pasaron a la habitación contigua.
Juan no se movió. Tenía que decidir antes que María regresara. Sus sollozos convulsivos se apagaron, y sobrevino una quietud pesada en que el tic-tac del reloj producía un efecto de martilleo. ¿Qué le pedía ese hombre? ¿Que deje partir a María? ¡Imposible! Debería haber otro camino. Podía llevarse a María a otra ciudad. Pero, no. Ella era menor de edad... anularían su matrimonio... la ley estaba de su parte. ¿Qué cosa lo había llamado su hermano? ¡Un jugador... eso es lo que era... un cantor! Bueno; volvería a la taberna. ¿Qué le importaba su voz, ahora que le quitaban a María? Rememoró su vida y se encontró indigno de María. ¡Un pedazo de pan, un vaso de vino, amores fáciles... eso era todo lo que había buscado en la vida!
Lentamente, la luz del sacrificio comenzó a brillar en sus ojos. María debía regresar al convento... y para él se acababa la vida. Más allá de su pérdida, nada podía alcanzarle, nada podía hacerle sufrir...
Oyó que se bría la puerta, pero no volvió siquiera la cabeza creyendo que era el hermano de María Consuelo. Esteban; María y Lulú entraban al estudio.
—¡Juanito, mira... tenemos provisiones para un banquete—dijo Esteban triunfalmente.
—Y mira mi corona, Juan!—exclamó María, corriendo hacia él—. ¿No es lindísima? ¡Toda de azahares pequeños, como tú la querías!
El se volvió del otro lado, incapaz de sostener su mirada.
—¡Juan! ¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? ¡Mírame, Juan! ¿No te gusta mi corona?
—Es muy bonita—respondió él, con voz lejana.
—¡Oh!—Su tono repercutió con sonos dolorosos en el corazón de María. Quedóse mirando y mirando, sin comprender.
La Rumberita, sin percatarse de la tragedia que se

desarrollaba en aquel momento, vino hacia ellos trayendo el vestido de María.
—¡María Consuelo!—exclamó alegremente—. ¡Vas a parecer la espumita del mar con este traje! Está... Las palabras se apagaron en sus labios al contemplar el semblante desvaído de María y la mirada en los ojos de Juan. —¡Esteban! ¡Esteban!—llamó.
Tío Esteban se precipitó al aposento. De una sola ojeada comprendió que algo andaba mal. —¿Qué pasa?—preguntó perplejo, arrugando las cejas y los párpados para observar mejor el rostro de los jóvenes.
Juan no tuvo necesidad de contestar, porque se abrió la puerta del cuarto de María y Lola apareció en el umbral. María se tambaleó, incapaz de dar crédito a sus ojos. Tío Esteban la sostuvo, estrechándola contra sí. Luego, apercibiéndose como un viejo león de las montañas, confrontó a la sonriente Lola.
—¡Esa mujer!—gritó—. ¡Esa mujer... en el día de tus esponsales! ¿Está aquí con tu permiso?
Juan no replicó.
—¡Contéstame!—rugió el viejo, furioso; y... ¡Dios te perdona!—llevándose la mano a la frente, al ver el gesto afirmativo de Juan.

CAPÍTULO XVII

Lola se había despojado del sombrero y el traje de calle, ciñéndose ajustadamente, a guisa de vestido, el mantón que encontró en el cuarto de María. Adelantose con movimientos sinuosos del voluptuoso cuerpo, un cigarrillo entre los rojos labios y una expresión triunfante y burlona en los ojos, hasta llegar cerca de Juan. Le dio al pasar un beso posesivo en el cuello, y fué a arrellanarse cómodamente en el sofá, envolviéndose en nubes de humo.
—Sabe a gloria ver esta reunión tan feliz—dijo, relamiéndose y dilatándose los ojos como a un gato al contemplar a María. Esta se sintió contaminada e hizo un gesto de repugnancia que no pasó inadvertido para Lola.
—¡Arza! Por lo que veo, ésta es la encantadora señorita Vargas. ¡Si que es reguapa! ¡Con razón este tronera me dejó un rato por usted!—Volvióse a medias hacia Juan. —¡Buen gusto lo has tenido siempre, Juanito!—agregó confidencialmente—. Si algún día me cambias por una mujer fea, eso sí que no te lo perdonaré nunca.
Juan no se había movido ni pronunciado una palabra. Su semblante estaba blanco como el mármol. Lola lo llamó.
—Ven acá, te perdono esta escapada. ¡Vamos, ven y dame un beso, Juan!
(Continuad)

JUAN TORENA

MARÍA ALBA



en una escena
de la soberbia pro-
ducción FOX, total-
mente hablada en español,
"Camino del Infierno".

R U P E R T O D E H E N T Z A U

Mientras Rischenheim contaba como le cogieron y bur-laron en el castillo de Zenda, Ruperto almorzó con apetito. Escuchó sin interrupciones ni comentarios; pero cuando se pronunció el nombre de Rodolfo Rassendyll levantó de pronto la cabeza y le brilló la mirada.

—Cuando Rischenheim terminó el relato volvía a estar sonriente y alegre.

—La celada era buena—dijo—, no me extraña que hayas caído en ella.

—Y a ti, ¿qué te ha pasado?—interrogó Rischenheim, lleno de curiosidad.

—¿A mí? Después de recibir tu carta, que no era tuya, seguí sus instrucciones, que tampoco lo eran.

—¿Estuviste en el pabellón?

—¡Claro!

—¿Y encontraste a Sapt? ¿Estaba solo?

—Ni sombra de Sapt.

—¿No? ¿Entonces te habían armado una emboscada?

—Probablemente; pero no he caído en ella.

—Ruperto cruzó las piernas y encendió un cigarrillo.

—¿A quién encontraste?

—Al guardabosque del Rey, al lebre del Rey y al mismo Rey.

—¿El Rey en el pabellón?

—Como lo digo.

—Pero, en fin, supongo que ya que no Sapt, estaría Ber-nenstein o algún otro.

—No. El guarda y el perro; no había nadie más.

—¿De modo que le diste la carta?—exclamó Rischenheim temblando de emoción.

—Ay, no, querido primo. Le arrojé la carta; pero bastante pronto que no tuvo tiempo de abrirla. No llegamos al punto de la conversación en que yo deseaba darle la carta.

—¿Pero, por qué no?

—Ruperto se levantó y fue a colocarse junto a su primo, que estaba sentado, sacudió la ceniza del cigarrillo y sonrió agradablemente.

A N T H O N Y H O P I

guida. Si necesitas dinero te lo daré. Por el amor de Dios, tómallo y sal de Strelsau.

—Me da vergüenza mendigar, primo; pero lo cierto es que necesito algún dinero hasta que pueda vender a buen precio, un objeto que poseo. ¿Está en su sitio? ¡Ah, sí! ¡Helo aquí.

Sacó del bolsillo la carta de la Reina y la contempló:

—¡Ah!—exclamó con sentimiento.—¡Si el Rey no hubiere sido tan idiota!

Fué hacia la ventana y miró hacia fuera.

No le podían ver desde la calle y no había nadie en las ventanas fronterizas.

La gente iba y venía como de costumbre, atenta a su trabajo o a sus distracciones.

No se notaba la menor agitación en la ciudad.

Por encima de los tejados, Ruperto veía flotar el estandarte Real en Palacio y en los cuarteles. Sacó el reloj. Rischenheim le imitó. Eran las diez menos diez.

—Rischenheim—dijo—, ven un instante aquí.

El conde obedeció, y Ruperto dejó que mirara uno o dos minutos antes de añadir:

—¿Ves algo anormal?

—No, nada—respondió Rischenheim con acento breve y sombrío, a causa de su espanto.

—Pues yo tampoco, y esto es muy raro. ¿No es natural que Sapt u otro cortesano cualquiera hayan ido al pabellón anoche?

—Puedo asegurar que tenían intención de hacerlo—respondió Rischenheim, cuya curiosidad se despertó.

—En tal caso han debido encontrar al Rey. A pocas millas de allí, en Hofbau hay una estación telegráfica. Dime, primo, ¿por qué no llora Strelsau a su querido Rey? ¿Por qué las banderas no están a media asta? No me lo explico.

—Ni yo tampoco—respondió Rischenheim, fijando sus miradas en el rostro de su primo.

Ruperto sonrió y dijo en tono meditabundo:

A N T H O N Y H O P I

que sonreía de un modo misterioso, penetró en una habitación estrecha, larga y baja de techo.

Una mesa de encina, unas sillas, un gran aparador y dos camas de hierro junto a la pared componían el mobiliaje.

En una de las camas descansaba el conde Rischenheim con el brazo derecho pasado por un chal de seda negra.

Ruperto se detuvo en el umbral y sonrió a su primo.

Rosa abrió el aparador y sacó platos, vasos, fuentes, todo lo necesario para disponer la mesa.

Rischenheim estaba de pie en mitad de la buhardilla.

—¿Qué noticias hay?—preguntó.—¿Has escapado de tus uñas, Ruperto?

—Me parece—replicó el de Hentzau, sonriendo y dejándose caer en una silla.—Escapé; pero la estupidez de un imbecil estuvo a pique de costarme la vida.

Rischenheim se ruborizó.

—Ya te contaré eso—añadió Ruperto mirando a la muchacha, que había puesto unos flambres y una botella de vino sobre la mesa, y que no se daba prisa en marcharse.

—Si no tuviera otra ocupación que la de contemplar caras bonitas—dijo Ruperto sonriendo a Rosa—te rogaría que te quedaras.

Se levantó y le hizo un profundo saludo.

—No desees oír lo que no me interesa—respondió Rosa con desdén.

—Entonces...—añadió Ruperto, abriendo la puerta y saludando de nuevo.

—En cambio—exclamó ella cuando estuvo en la meta de la escalera—sé una cosa que le gustaría a usted saberla, señor conde.

—Es probable, porque, en efecto, las muchachas saben cosas maravillosas.

Y Ruperto, sonriendo, cerró la puerta.

—Cuando volvió junto a la mesa fruncida el ceño.

—Ea, dime cómo te las compusiste para dejarte herir, y porque no has hecho lo que yo, primo.

R U P E R T O D E H E N T Z A U

—Valor, Reina mía—dijo—. Dentro de algunas horas acabarán los peligros que nos amenazan.

—¿Y luego?

—Después, quedará usted tranquila—murmuró inclinándose y hablando con cariño.—Y me sentiré orgulloso de haberla salvado.

—Y usted.

—Tendré que partir.

Helga le oyó murmurar estas palabras. Ella y Bernenstein se alejaron.

CAPÍTULO XIII

UN REY QUE NO CAZARÁ

Rosa, la moza garrida y bella, abría la puerta de la tienda del número 19 de la Königstrasse. Trabajaba sin prisa; pero parecía excitada y como satisfecha.

La vieja Holf, en cambio, refunfuñaba y se daba a los mengues porque no había vuelto Bauer.

No era probable que volviera. La razón no podía ser más sencilla. Estaba aún en la enfermería adjunta al cuartelillo de la policía, cuidado por un par de médicos, que procuraban recomponerle la cabeza medio rota.

La vieja ignoraba esto. Sólo sabía que el día anterior salió para hacer un reconocimiento, probablemente contra alguno que imaginaba conocer la fementida bruja.

—¿Estás segura de que no ha vuelto?—preguntó a su hija.

—Segurísima.

—Hace doce horas que salió y no ha enviado ni un aviso. Bueno se va a poner el conde Ruperto cuando vuelva y se le diga que no está aquí ese gazañero.

La joven se encogió de hombros. Había terminado de abrir la tienda y se entretenía viendo pasar a los transeúntes.

Eran más de las ocho y discurría mucha gente por la

Ruperto abrió la puerta, y seguido siempre de Rosa, garon al sotabanco.

La joven subió detrás de Ruperto la escalera estrecha y empinada. Atravesaron tres pisos deshabitados y luego llegaron a la habitación que ocupaba el conde.

Rosa va a servirle sin tardanza, monseñor.

—Sí; pero quisiera almorzar, abuela.

—En la buhardilla. Va sabe el camino.

—Esta el conde?

—Va me lo temía. He ahí lo que tiene no poderlo hacer todo.

—¡Ah! exclamó Ruperto, súbitamente afectado.

—Sí, monseñor; tiene el brazo en cabestrillo.

—Supongo que ha venido Rischenheim—inquirió Ruperto.

—Había recomendado el silencio.

—Rey. No sabrían nada por ella. El propio Rey mismo le ocultaba una sonrisa. Suponía que nadie más indicaba al conde.

La vieja negó con la cabeza. La joven se volvió para mirar una expresión particular a esta pre-

—¡Hum! ¿V no ha venido nadie más?

—Aún no.

—Bien. ¿V no ha vuelto?

—Todo está como usted lo ha dejado, conde Ruperto—color de chocolate.

V examinaba el guante, que tenía unas manchas de jilla aterciopelada.

—¡Ah! ¡Dispensa! Esta algo sucio para tocar una me-

V con el guante acarició la mejilla de la joven.

—¿Cómo vamos, abuela? ¿V tú, linda moza?

—Buena suerte he tenido de encontrar esta carreta—dijo Ruperto alegremente. No corren buenos vientos para mí en Streisau. ¿V qué? ¿Cómo vamos, abuela? ¿V tú, linda moza?

—Buena suerte he tenido de encontrar esta carreta—siguió su camino.

carretero y se metió de rondón en la tienda. La carreta

R U P E R T O D E H E N T Z A U

A N T H O N Y H O P E

calle, la mayoría obreros. Los burgueses tardarían un par de horas en aparecer.

La joven les miraba, como hemos dicho, pero su pensamiento estaba ocupado en el majestuoso hidalgo que la noche anterior le preguntó unas cosas.

Había oído el pistoletazo, la fuga de varios hombres, la llegada de la patrulla. ¿Se atrevería ésta a detener al Rey? En cuanto a Bauer, poco le importaba lo que le pasara. ¿Qué podía importarle a ella que era la servidora del Rey, a quien favorecería contra sus enemigos?

Si Bauer era enemigo del Rey, celebraría que hubiese muerto.

¡Cuán bravamente le cogió el Rey por el cogote para arrojarlo a la calle!

Aún reía pensando cuán ajena estaba su madre de pensar qué clase de visita tuvo por la noche.

Las carretas avanzaban lentamente por la calle.

Una o dos se detuvieron ante la tienda y sus conductores ofrecieron vender legumbres. La vieja no quiso oírles y les despidió a cajas destempladas.

Tres se habían posado ya frente a la puerta y la vieja gruñó una maldición al ver que otra se detenía también.

—No necesitamos nada; seguid vuestro camino—vociferó con agrio acento.

El carretero bajó sin escucharla y se dirigió a la zaga del vehículo.

—Ya ha llegado usted, señor; estamos en el 19 de la Königstrasse.

Se oyó un bostezo y el suspiro de un hombre que se desespera en el instante, agradable y penoso a la vez, del despertar, después de un sueño reparador.

—Bien, bajo—respondió una voz desde el interior.

—¡Ah! Es el conde—dijo la vieja a su hija—. ¿Qué va a decir de ese perillán de Bauer?

Ruperto de Hentzau asomó la cabeza fuera del toldo de la carreta, miró a lo largo de la calle, dió dos coronas al

La influencia de su primo había sido bastante poderosa Rischenheim parecía aterrado, y lo estaba.

—Después de todo, el asunto es grave.

una gravedad repentina:

Pero cuando terminó, se atizó el bigote y declaró con los episodios con chistes odiosos.

ligero y como festivo empleado por Ruperto, que salpicaba lido y las manos temblorosas de Rischenheim con el tono

El relato resultaba, por el contraste del semblante pa-

recta escuchar apenas.

Se sentó. Mientras su primo hablaba, Rischenheim pa-

a contar más detalladamente.

—El Rey era un imbécil—dijo Ruperto. Ha te lo voy

—¡Dios mío!—murmuró.

respaldo de la silla.

nado hacia su primo; luego, lentamente se recostó en el

Durante un momento Rischenheim permaneció incli-

—¿El Rey? Pues... ¡El Rey no cazará más!

—¿V el Rey?

su propia pregunta:

dose hacia su primo dijo en voz baja, como si temiera otr-

—Siguió un corto silencio. Luego Rischenheim, inclinan-

nación.

bosque no ensartará a nadie. Ninguna falta hacen a la

iso hace que el perro no morderá más, y que el guarda-

—Sin duda porque, como ves, el cielo me ha ayudado.

to sonreía tranquilamente.

Rischenheim abría desmesuradamente los ojos. Ruper-

mas ni menos.

—Que ninguno de ellos hizo lo que deseaba, primo. Ni

—¡Por el amor de Dios, primo! ¿V, qué pasó?

petazo.

—El lebré trató de mordirme, el guardabosque de en-

—Sí. Va lo veo.

rota?

—¿Has notado—preguntó—que mi blusa de caza esta

A N T H O N Y H O P E

R U P E R T O D E H E N T Z A U

para comprometerlo en el asunto de la carta; pero estaba horrorizado viendo cómo la intrepidez sin conciencia de Ruperto le había arrastrado paso a paso hasta el punto de que la muerte de un rey no era más que un incidente de sus maquinaciones.

De pronto se puso en pie y exclamó:

—¡Debemos huir! ¡Debemos huir!

—No; no es necesario. Quizá convenga marcharnos; pero no es preciso huir.

—Pero cuando se sabrá...

Calló de repente y añadió luego:

—¿Por qué me lo has dicho?

—Te lo dije porque es una noticia interesante, y si he vuelto aquí es porque carecía de dinero para ir a otra parte.

—Te lo hubiese enviado.

—He advertido que obtengo más cuando lo pido en persona. ¿De modo que hemos terminado?

—Sí. No quiero mezclarme en nada más.

—¡Ah, primo! Te descorazonas demasiado pronto. Ciertamente que el Rey nos ha dejado; pero nos queda nuestra querida Reina, y la carta de esta noble Soberana.

—Repito que no quiero intervenir en nada más.

—Porque la cabeza nos huele a...

Rischenheim se levantó y abrió de par en par la ventana.

—¡Me ahogo!—dijo sin mirar a Ruperto.

—¿Dónde está Rodolfo Rassendyll?—preguntó el de Hentzau—. ¿Sabes algo de él?

—No. Creo que es necesario averiguar su paradero.

Rischenheim se volvió hacia su primo y dijo:

—No he intervenido en ese acontecimiento y no quiero intervenir en nada más. No estaba en el pabellón y hasta ignoraba que el Rey estuviera. No soy culpable de su muerte e ignoraba que debiese ocurrir.

—Cuanto dices es verdad—aprobó Ruperto con un movimiento de cabeza.

—Ruperto, déjame en paz. Me marcharé de aquí en se-

FAMA

¡Juventud es triunfo!



¡No quiera Vd. envejecer!

Con una sola aplicación
de la famosa

*Agua
Radium
Instantánea*

desaparecerán sus canas.

CORTES HERMANOS : BARCELONA

Chocolates

Amatller

Casa fundada en 1800

**Chocolates de tipo familiar, puro, con almendra, con leche,
gusto francés, Caracas**

Depósito central: Manresa, 4 y 6 - Barcelona



Soir de Paris

LA MAGNÍFICA CREACIÓN DE

BOURJOIS

·EXTRACTO·

·POLVOS·

·LOCIÓN·ETC.

Agente general para España: PERFUMERÍA DE LUJO, S. A. - Calle de Nápoles, 255 bis